

ONZALET

LA
REFORMA
DE
PUEBLA

BMVM
983
V 647d
1864
c2/BOV

LEZ

NBA

L.A.

7. e

BO

BIBLIOTECA HISTÓRICA
"BENJAMIN VICUÑA MACKENNA"

UBICACION 1 (5-15). 4 P.

VOLUMENES DE LA OBRA 1

CLASIFICACION N° C = 012.133

N° DE REGISTRO 908-D.

(65915)

BNUM ✓
983
V 647 de
1864
c21 B0V

DEFENSA DE PUEBLA

PERIÓDICO QUINCENAL

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL

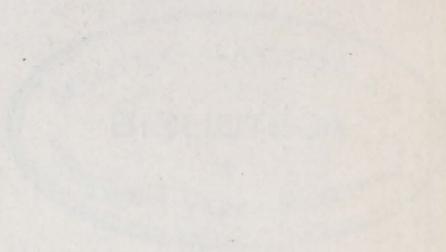
B. NOTIA NACZENA

SANTIAGO

COMPAÑIA CHILENA DE IMPRESION

ALFARO 100, FON. 20

1964



LA
DEFENSA DE PUEBLA

POR EL JENERAL

JESUS GONZALEZ ORTEGA.

ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

(El precio de su venta se destinará al fondo nacional para la defensa del Perú i Chile).



P. 1.-

908-D



SANTIAGO.

IMPRENTA CHILENA DE HERRERA I Ca.,

CALLE DEL PEUMO, NÚM. 29.

MAYO DE 1864.



IV
DEFENSA DE PUEBLA

TOP DE ZERRAL

JESUS GONZALEZ ORTEGA.

ARTÍCULOS BIBLIOGRÁFICOS

POR

S. VICUNA MACQUEEN.

(El precio de su venta se destina al fondo nacional para la defensa
de las Letras.)



SANTIAGO.

IMPRENTA CHILENA DE HERRERA Y CA.

CALLE DEL PRADO, N.º 22.

AÑO DE 1904.



A FEDERICO TORRICO.

A tí, querido amigo i compañero de infancia, que como artista i soldado haz sabido servir a tu patria i a la América, consagro esta pájina del heroismo americano.

Acéptala pues tú, que tienes por el nacimiento i la educación una sola cuna en Chile i el Perú, i por el corazon una sola patria en la América libre.—Pueda tu aliento varonil inspirar a tus compatriotas del otro lado del Loa los mismos sentimientos que haz visto ostentar a tus compatriotas de Chile!

Pueda tu brazo, robustecido con sus propias cicatrices, volver a empuñar de nuevo la espada, i quiera Dios conservarte para que manejando, despues de las batallas, el pincel de la gloria, nos pintes los cuadros de la nueva epopeya peruana en que se renovarán mil veces los ejemplos de PUEBLA LA GLORIOSA.

Este es el adios que al marcharte al Perú te envia tu amigo de corazon.

B. VICUÑA MAKENNA.

Santiago, mayo 9 de 1864.

A FEDERICO TORRICO.

A ti querido amigo i compañero de infancia, que como artista i soldado has sabido servir a tu patria i a la América, consagro esta página del heroísmo americano. Acéptala pues tú, que tienes por el nacimiento i la educación una sola casa en Chile i el Perú, i por el corazón una sola patria en la América libre.—Pueda tu aliento coronar i inspirar a tus compatriotas del otro lado del Tor los mismos sentimientos que has visto ostentar a tus compatriotas de Chile. Pueda tu brazo, robustecido con sus propias cicatrices, volver a empuñar de nuevo la espada, i guiera Dios conser- varte para que mandando, después de las batallas, el púncel de la gloria, nos pines los escudos de la nueva epopeya peruana en que se renacida mil veces los ejemplos de TULLA LA GLORIOSA.

Este es el adiós que al marcharte al Perú te envia tu com- paño de corazón.

B. VICUÑA MAREKNA.

Santiago, mayo 9 de 1861.

LA DEFENSA DE PUEBLA. (1)

El sitio i defensa de *Puebla la heroica* es uno de los acontecimientos mas dignos de preclara i duradera memoria en los anales de la América republicana e independiente. Considerada solo su porfiada resistencia como un hecho de armas, sobrepuja en mucho por su grandeza a los mas famosos nombres militares de nuestra historia. Ayacucho, donde se batieron seis mil colombianos i peruanos contra siete mil españoles, i Maipo, otra de las batallas decisivas de la *primera independencia* de la América, donde pelearon en menor número los chilenos i los arjentinos contra las tropas de la Península, pasan al rango de meros combates de vanguardia delante de aquella hazañosa i sublime obs-

(1) Parte jeneral que dá el Supremo Gobierno de la nacion respecto de la defensa de la plaza de Puebla de Zaragoza el ciudadano jeneral Jesus Gonzalez Ortega. — 1 v. 4.º — Zacatecas, 1863.

tinacion con que veinte i dos mil mejicanos defienden a su patria en esta *segunda independencia americana* contra treinta mil de los mejores soldados de la nacion mas belicosa del mundo i la mas adelantada en las artes de la guerra.

En otro sentido, considerada bajo su aspecto puramente cívico, la defensa de Puebla, asume el carácter de una epopeya americana. Lo que ha defendido a Puebla de Zaragoza no es en verdad un ejército: es un pueblo. I no de otra suerte se explica la grandeza de ánimo i la constancia invencible con que aquella guarnicion bisoña e inerme disputó durante sesenta i dos dias, no sus fortalezas ni sus almenas, porque ni éstas ni aquellas tenia, sino sus templos i sus hogares, a un invasor que arrastraba tras sí un tren de guerra capaz de subyugar cien ciudades semejantes.

Despedazada, en efecto, la nacion por medio siglo de guerras intestinas; sorprendida por el desembarco de tres ejércitos a la vez, que venian o a oprimirla o a humillarla; burlada despues en su confianza por la felonía de la Soledad, Méjico, sin embargo, se ostentó grande i valerosa delante de sus enemigos, i fué digna de estar a la vanguardia de las Repúblicas a cuya familia pertenecemos todos los americanos del sud por raza i por herencia de heroismo.

De todos los confines de su inmenso territorio estuvieron marchando durante un año la flor de sus hijos para defender en aquel sitio, sino la posesion de la patria, su honor al ménos. Desde el humilde indio de Chiapas que habita en las fronteras de Guatemala entre los nopales que dan sustento a la cochinilla hasta los fieros *rancheros* de Sonora i Sinaloa que viven a caballo, en sus inmensos llanos, disputando la caza del búfalo i del bisonte a los salvajes Comanches; desde los criadores de ganado de Durango i de Chichüahüa hasta los membrudos mineros de Guanajuat-

to i Zacatecas. Desde los *oromies* de Oajaca que conservan todavia en toda su pureza, junto con su mansedumbre, el dulce idioma primitivo, hasta los soberbios *pintos*, que el ilustre Guerrero enseñó a ser soldados i viven por esto en el Estado que lleva su nombre. Desde los cultos artífices de Guadalajara i de Mechoacan hasta los holgazanes *léperos* de Méjico i los fuertes hijos de las montañas de San Luis de Potosí i de Nuevo Leon, diestros en el manejo del rifle, que les han puesto en las manos sus vecinos los *squatters* del Norte: todos los Estados, en fin, todas las ciudades, todas las zonas, desde los valles de la tierra caliente hasta las altas planicies de la sierra Madre, en cuya estremidad norte yace San Luis, la capital de la República, todos los ámbitos en fin de la tierra de Hidalgo enviaron su contingente de sangre i de bravura, de patriotismo i de gloria a la inmortal ciudad. Corto fué su número; pero no lo era tanto desde que no faltaban brazos ni corazones, sino fusiles.

Preciso es tambien recordar que si el “Ejército de Oriente”, que consumó aislado aquellas hazañas, tenia solo 22,000 hombres al encerrarse dentro de los muros de Puebla, el “Ejército del centro”, que con tan infeliz suerte mandó el jeneral Comonfort en las vecindades de la ciudad asediada, contaba no menos de 18,000 reclutas, fuera del “Ejército de reserva” que organizaba el estratéjico jeneral Lopez Uraga i de las guarniciones i guerrillas que defendian los pueblos o protejian las comarcas. No seria por esto exajerado decir que Méjico opuso a la triple invasion de los franceses, de los ingleses i de los españoles, un ejército que no podia bajar de cincuenta mil soldados capaces de tomar el campo i otros cincuenta mil listos para reemplazar a los que sucumbieran, cuando tuvieran armas de resago. Esfuerzo inmenso en un pueblo tan trabajado por las facciones i que acusa todavia una vida poderosa en sus entrañas! Noble desmentido, por otra

parte, ofrecido al vilipendio i a la calumnia, empeñados siempre, i en la tierra de Chile mas que en parte alguna, en presentar aquel pais como indigno i degenerado de la raza americana i de la familia de las Repúblicas.

Nosotros, sin embargo, vamos a contraernos en este rápido bosquejo al solo hecho de la defensa militar de Puebla, como una justificacion espléndida del patriotismo i del valor de aquella nacion hermana que siempre hemos defendido con fe i amor desde que tuvimos la suerte de conocer su suelo i estrechar la mano de algunos de sus héroes, entre los que hoi se cuenta su propio jeneral en jefe, el valeroso Uraga.

Para tan grata como noble tarea, va a servirnos exclusivamente el precioso documento que hemos citado al dar título a estas líneas, i del cual por nuestra fortuna, hemos recibido un ejemplar, directamente enviado desde Zacatecas.

III.

El *Parte oficial* del jeneral Ortega, de cuyas primeras pájinas se han publicado solo algunos fragmentos en nuestra prensa periódica, copiados de los diarios de California, es un verdadero libro, i aunque escrito con la sobriedad de un soldado i la modestia de un héroe, arroja luz sobrada para seguir la rápida corriente de sus sucesos, desde que aquel ilustre mejicano se encerró con sus huestes en aquella ciudad sublime, que ni aun hechas cenizas consintió en rendirse ni en capitular. No es aquella pieza el trabajo de un militar científico ni tampoco

el pomposo relato de un historiógrafo que contára sus propias glorias. No la desluce por esto la aridez de la táctica ni la empañá el vapor de las pasiones del hombre o el incienso quemado a su propia vanidad. El jeneral Ortega cuenta todo lo que ha hecho i todo lo que ha visto hacer, no como un hombre que se vindica, sino como el hombre que ha cumplido su deber. Es parco en todo lo que refiere de sí mismo, difuso en ciertos pasajes, demasiado lacónico en otros, pero siempre verídico. Es lástima, segun él mismo dice, que no haya tenido a la vista los documentos orijinales que conserva de todos los sucesos del sitio, aun de los mas pequeños, pues aquellos quedaron guardados en Puebla, i las copias simples que de ellos tenia las perdió cuando hubo de ser asesinado con el jeneral La Llave. Se fia pues a su memoria i a los documentos que ha publicado la prensa, muchos de los que nosotros conocíamos i cuya veracidad, dudosa hasta aquí, él nos confirma. Por otra parte, deben escusarse los defectos i vacios que en este documento saltan a la vista, teniendo en consideracion el breve espacio en que ha sido redactado, pues tiene éste la fecha de Zacatecas, setiembre 16, cuando hacia solo tres meses a que aquel se hallaba prisionero en Orizaba. En suma, el *Parte jeneral* del defensor de Puebla es simplemente una estensa carta oficial, escrita tan pronto como aquel se ha apeado del caballo del prófugo i del vencido en su tranquila ciudad natal de Zacatecas. Bien considerado este parte oficial, no es sino una repeticion *in extenso* de aquellas mismas cartas i partes telegráficos que su mismo autor enviaba cada dia a su camarada Comonfort, que éste trasmitia al gobierno de Méjico, i cuya reproduccion en nuestra prensa, era durante el último invierno, motivo de tantos plácemes i de tantas esperanzas.... Veleidá humana! Sucumbió Puebla, i sin darnos cuenta de cómo habia sido inmolada ni preguntarnos siquiera la cau-

sa de su pérdida, olvidamos que eramos hermanos de los vencidos, i aun muchos negaron que lo hubieran sido de estos mismos cuando fueron vencedores. Estas dos fechas "5 de mayo de 1862", dia de la derrota de Lorencez, i "17 de mayo de 1863" dia del triunfo de Forey, han sido en cierta manera para Méjico los símbolos de la fraternidad i los del olvido en muchas repúblicas, a quienes a caso se reserva en dia no lejano suerte igual a la que a ella le ha cabido.

Ese dia ha llegado ya para el Perú!

¿Tardará acaso mas tiempo en llegar a Chile?

Esta es la grande i solemne cuestion que se resuelve en estos mismos instantes.

Entremos entre tanto en materia i encerrémosnos con los valientes mejicanos del ejército de Oriente dentro de sus improvisadas trincheras de Puebla.

IV.

Hagamos desde luego una rápida descripcion de esta plaza i su comarca, a vuelo de ave, para mejor comprender lo que sobre ella vamos a contar.

La ciudad de Puebla, mui semejante por su planta a la de Santiago, i si bien menos vasta, mas suntuosa por la antigüedad de sus edificios de piedra labrada i mas pintoresca por el estilo caprichoso de aquellos, está tendida en una estensa llanura, sembrada de mieses, i que interceptan de distancia en distancia algunas colinas aisladas, no tan agrestes, pero mas considerables que nuestro montículo de Santa Lucía.

La ciudad en sí misma está sentada en un lecho llano,

divididas en enormes manzanas desiguales, con edificios pintados de mil colores, i con el pavimento de sus calles cubierto de vereda a vereda, de *losas* cuadradas que le dan un aspecto mui semejante al de Florencia. Cúponos a nosotros, ayá en los días de la ambulante mocedad, hacer nuestra entrada en el pueblo cuyos ecos pertenecen hoi al mundo, en la tarde de un plácido domingo. El sol de primavera escondiéndose hácia el poniente entre las cimas eternamente nevadas del Popocatepetl, bañaba las calles en toda su estension con una lumbre brillante, mientras que los balcones moriscos de los edificios, festonados con variadas yedras tropicales en plena flor, ostentaban a las graciosas hijas del Atoyac, devolviendo sus saludos al viajero, que desde el pescante de la “diligencia” rendia veloz pero honrado homenaje a su belleza. Diez años han pasado! El cañon de Francia, “la civilizadora” ha tronado en su recinto.... Cuan inmensa debe ser su mudanza! Puebla era entonces una ciudad libre, es decir era “bárbara”, segun el lenguaje de las cortes. Hoi está “civilizada” como lo atestiguarán su mil escombros i sus piras aun mal apagadas...!

V.

Aquella ciudad industrial i opulenta no estaba pues en manera alguna organizada para resistir el asedio estratéjico de un ejército regular, i al contrario, por su vasto perímetro ofrecia innumerables puntos de ofensiva al invasor. El general Zaragoza lo habia comprendido así, i por esto habia puesto su principal empeño en fortificar uno de los flancos de la ciudad, que protejido por dos de las eminencias que hemos dicho (los cerros de Loreto i Guadalupe al norte),

ofrecia una no despreciable fortaleza natural, como hubieron de probarlo los zuavos de Lorencez.

Su sucesor siguió pues el ejemplo de aquel soldado eminente, i adoptando su propio plan de defensa, como lo confiesa él mismo con digna e injenua modestia, rodeó de diez fuertes, aislados entre sí, pero unidos por improvisados redientes, todo el circuito exterior de la ciudad.

Entremos en detalles.

Tres de aquellos fuertes componian la defensa de la ciudad por el norte, i eran los llamados el *Independencia*, el *Loreto* i *Guadalupe*, que aunque recibieron nombres modernos, queremos aquí recordarlos con el que les ha legado la gloria.

Otros tres, el de *Santa Anita*, *San Javier* i *Morelos*, miraban hácia el oriente, bien que el último cubriera tambien con sus fuegos un ángulo del sud.

Dos eran los que protejian directamente el sud, el ya nombrado de *Morelos* i el de *Hidalgo*, situado este último en el Monasterio del Cármen, i dos, por último, al oriente llamados *Zaragoza* e *Injenieros*.

VI.

Para defender acertadamente aquellos improvisados atrincheramientos, Gonzalez Ortega dividió su ejército de 22,000 mil hombres en cinco divisiones, i las puso bajo las órdenes de los jenerales mas esforzados que contaba Méjico.

Confió la defensa de la línea del norte i el mando de la primera division al jeneral Felipe Berriozabal, que en aquel mismo sitio habia compartido hacia un año la gloria del 5 de mayo con Zaragoza i Negrete. Al propio tiempo

distribuyó la dirección especial de los fuertes de esta manera: *Independencia* (brigadier Orosio), *Guadalupe* (brigadier Gayoso), *Loreto* (brigadier Hinojosa).

Aquella, juzgaban todos, iba a ser la línea mas importante, porque vendrían sobre ellas los franceses ciegos i con todo el golpe de sus armas para vengar el descalabro que habian sufrido en aquel desfiladero. Por esto Ortega habia dado como segundo a Berriozabal al jeneral Porfirio Diaz “el valiente hijo de Oajaca”, como él le llama en su *Parte jeneral*, i como lo ha merecido despues acaudillando el ejército de su Estado dividido en valerosas guerrillas.

La segunda línea estaba confiada al jefe de la tercera division jeneral Florencio Antillon, i corria por el poniente entre los fuertes Santa Anita i Morelos, quedando en el centro de ámbos el famoso *San Javier*, dominando el camino de Méjico. Mandaba este fuerte el valiente i jóven coronel Smith, el de *Santa Anita* el coronel Macias i el de Morelos, el coronel Auza, hijo de Zacatecas, i el héroe de Puebla, segun lo demuestra con hechos no de afeccion sino de justicia su paisano i amigo el jeneral Ortega en el documento ya citado.

Defendia la línea del sud la segunda division, al mando del “modesto” jeneral Francisco Alatorre i eran jefes de sus fuertes (*Morelos*) el mismo bravo Auza que acabamos de nombrar i el italiano *garibaldino* Ghilardi, quien, habiendo pasado con un puñal el corazon del jeneral Varea, prefecto de Cajamarca en un motin popular, se fugó de la cárcel del Callao por la abnegacion de una mujer, para ir a lavar con su bravura la mancha de su crimen.

La línea del poniente, por fin, estaba a las órdenes del jeneral La Llave, jefe entonces de la cuarta division, i el mismo ilustre jóven que habia defendido tan heroicamente a Vera Cruz, su patria (bautizada ahora con su nombre i

su martirio) contra Miramon i sus tropas vestidas de sotana en 1860, salvando así, junto con Ortega por el Norte, el partido de la democracia i de la constitucion. Juntos tambien debieron perecer en triste hora ambos soldados, i si perdió Méjico en él una esperanza, conservó en el otro uno gloria consagrada ya por el renombre i los mas altos hechos del civismo.

La quinta division, compuesta de siete brigadas de infantería i de tres mil dragones que mandaba el jeneral O'Haran formaba la reserva, a las órdenes del valeroso jeneral Miguel Negrete, el mismo que hoi, vencido, es el terror de los que, vencedores, no son todavia ni lo serán mientras él viva, los tranquilos dueños de Puebla, su patria nativa.

El jeneral Ortega habia nombrado por su cuartel jeneral maestre jeneral al experimentado i ya anciano jeneral Mendoza, prisionero hoi dia pero honrado en Francia, hombre práctico en la guerra i poseedor de su ciencia. Igual posicion tenia para con el jeneral en jefe, el comandante jeneral de la artillería el brigadier don Francisco Paz. Uno i otro iban a ser los pilares de la defensa de la plaza en cuanto ésta dependia de las combinaciones de la estrategia, como lo reconoce a cada paso en sus nobles despachos aquel modesto capitán. Todos saben que este hombre ilustre ha sido solo un abogado i juez de profesion. Ortega no ha sido pues ni pretende ser un gran jeneral. Lo que nadie podrá negarle únicamente es que es un grande hombre.

Por último, el jefe de los ingenieros que habian fortificado la plaza, era un jóven natural de Puebla (como el jeneral Mendoza) llamado Joaquin Colombres, cuyos talentos sorprendieron a los mismos jenerales franceses de la profesion, i quien, puesto en contradiccion (no dice su jefe por qué) con algunos de los otros jenerales de la plaza, renun-

ció su puesto de jefe i peleó como soldado hasta que fué transportado a Francia, honrado ya con los despachos de jeneral de brigada.

VII.

Como es sabido, el jeneral Comonfort mandaba en las inmediaciones de Puebla otro cuerpo de ejército, aunque bisoño, numeroso, con el que debia ausiliar a la plaza en caso necesario.

En consecuencia, para completar su plan de defensa, Ortega deseaba ardientemente reunir en una sola mano la direccion en jefe de todas aquellas tropas. Sostenia que la *unidad de mando* era esencialísima en tales casos, i llevado de esta persuacion, ofreció jenerosamente servir de segundo a Comonfort, o atribuirse el mando en jefe el uno u el otro, segun la siguiente combinacion. Si el enemigo despreciaba a Puebla i se dirijia sobre Méjico, Comonfort seria el jeneral en jefe, poniéndose Ortega a sus órdenes. Si al contrario, Puebla era atacado, el primero obedecería al último. Hubo, sin embargo, discrepancia, lucha talvez de jenerosidad o de celos, i ámbos fueron a Méjico en los primeros dias de febrero a fin de que se dirimiese por Juarez la disputa. La resolucion fué, sin embargo, ambigua porque ámbos jefes debian quedar de absolutos dueños de sus cuerpos, disposicion fatal que fué causa evidente de la irremediable pérdida de Puebla. “Séame permitido, dice al ministro de la guerra el mismo jeneral Ortega a este respecto en su *Parte jeneral* páj. 10, manifestar al mismo supremo gobierno, por el digno i respetable conducto de V., hoi que ya sus órdenes quedaron cumplidas de una manera leal i caballerosa, cual



corresponde a un ciudadano honrado, hoy que ya en el pasado solo vemos hechos sujetos a la calificación de la opinión pública i bajo el dominio de la historia, i hoy que ya no tengo otros compromisos para con el mismo supremo gobierno, que narrarle con toda verdad los sucesos que han pasado, el resultado que han dado sus disposiciones, mi modo de ver la marcha de los sucesos por la posición en que me hallaba, i aun los sentimientos mas íntimos de mi conciencia, a fin de que el mismo supremo gobierno, con la ilustración i filosofía con que ha marcado los actos de su administración, pueda aprovecharse de la historia de los acontecimientos que han tenido lugar, para bien de la nación que ha puesto en sus manos su gloria i sus futuros destinos: repito que me sea permitido decir hoy que ya todo ha pasado, que la lectura de la orden a que me contraigo, (la de dividir el mando) destruyó una gran parte de las risueñas esperanzas que tenía respecto de la defensa de Zaragoza i del triunfo de nuestras armas, *i que los hechos vinieron, en mi concepto, a realizar mis temores.*”

VIII.

Hechos todos estos preparativos, Gonzalez Ortega regresó por la última vez de Méjico el 11 de febrero de 1863; dejó a su compañero de viaje Comonfort en San Martín (aldea situada a una muda de caballos de posta de Puebla por el camino de Méjico), donde aquel había establecido su cuartel jeneral, i se consagró a aumentar i reforzar las fortificaciones de la plaza que se había confiado a su sola i entera responsabilidad.

Un mes completo transeurió sin que el enemigo aban-

donara sus posiciones de Orizaba, i dió así sobrado tiempo a que el jeneral mejicano tomase sus últimas medidas.

Sin embargo, no fueron estas últimas tan acertadas como hubiera podido esperarse de un jeneral que habia ganado tan espléndidas victorias como las de Silao i Calpulalpan (agosto 14 i diciembre 22 de 1860), bien que aquellas fueran ganadas sobre caudillos de su propia escuela militar i en campo raso.

Las faltas militares que cometió Ortega en el asedio de la plaza fueron en verdad enormes.

En primer lugar, persuadido obstinadamente que el enemigo habia de emprender el ataque de la plaza, siguiendo los pasos de Lorencez, por los fuertes del norte, descuidó completamente fortificar el cerro de San Juan, una de esas eminencias que hemos dicho estan esparcidas al derredor de Puebla i que domina por mas de ochenta i una varas de elevacion desde el camino de Méjico (que pasa por su pie), la ciudad toda i el fuerte de *San Javier* en línea recta. Verdad es que parece que aquel mismo error padeció el jeneral Zaragoza i el ingeniero Colombres; pero Ortega guarda un esquivo silencio sobre este punto, como si se resignase a aceptar el reproche, o acaso su prescindencia es solo obra de su hidalguia por no culpar al jóven estratéjico a quien la opinion pública denunció en aquella época como responsable por tamaño yerro.

En segundo lugar, el defensor de Puebla no tomó la necesarísima precaucion de hacer salir fuera de la ciudad, o por lo menos, del recinto fortificado, una buena parte sino toda de la poblacion de aquella. Cuarenta i cinco o cincuenta mil brazos ociosos eran otras tantas bocas que mantener, i que debian ayudar a consumir los víveres de la guarnicion. Cierto es que aquella medida habria exijido un inusitado rigor, pues hubiera sido preciso arrojar de sus hogares a



los habitantes todos, siendo la guarnicion casi en su totalidad forastera, i esto atenua en parte la falta cometida. Pero la omision mas grave de Gonzalez Ortega i que casi no es imaginable en un ejército mandado por jenerales que habian encanecido en el servicio, fué la de no haber acumulado víveres i municiones de guerra para *seis meses* a lo ménos. Aquellos hombres imprudentes se dejaron encerrar con alimentos escasos para solo *treinta dias*, cuando habian tenido *un año* entero para proveerse! I en esta parte, por mas que alegue razones en su defensa el jefe responsable de aquella calamidad, la historia aceptará con vacilacion sus excusas, porque exonerándolo a él de todo cargo, la responsabilidad debe caber a todo el cuerpo de oficiales superiores, al gobierno i al pais mismo. Sin embargo; justicia sea hecha! Del tenor de cada párrafo del *Parte jeneral* de la defensa de Puebla que nos sirve de guia, resulta solo que el “ejército de Oriente” fué un ejército de héroes, pero nada mas. La ciencia estaba con los franceses. La muerte de Zaragoza i la ausencia de Lopez de Uruga, privado de una pierna por una bala de cañon, habian quitado al ejército mejicano sus cabezas verdaderas, sobre todo en la crisis de un asedio, conducido segun los preceptos mas modernos del arte militar.

IX.

Para cometer tan graves errores profesionales el jeneral en jefe mejicano i sus consejeros partian siempre del falso concepto de que la plaza de Puebla no sufriria un asedio regular, pues ni lo consentiria la tradicional impetuosidad de las tropas francesas, avivada ahora por el recuerdo de la afrenta que venian a lavar, i al propio tiempo el entusiasmo mismo



de la bisoña pero valerosa guarnicion de la ciudad. De esta suerte, los jenerales mejicanos se preparaban mas para una batalla campal que para un sitio regularizado, i en este concepto les parecia un plazo demasiado largo el de treinta dias para que la campaña llegase a su desenlace. “Este fué el término (un mes), dice el mismo jeneral Ortega en su *Parte jeneral* páj. 21, segun lo que entendí, en que el supremo gobierno creyó que se resolveria la cuestion de armas, creencia de que *participé yo tambien*, fundándome en el brio i arrojo proverbial del ejército frances, i en la valentía i patriotismo del nuestro. Creí tambien que la resolucion de ese sangriento problema no seria otra que la destruccion de ambos ejércitos, porque juzgué que el invasor iba a atacarnos de una manera ruda, temeraria, inusitada.”

Aquellas almas esforzadas creian que el heroismo iba a suplirlo todo, como en realidad se viera, escepto que el heroismo no puede reemplazar ni al pan ni a la pólvora!

X.

El ánimo de los defensores de la plaza no podia, en efecto, hallarse mejor templado para las peripecias del terrible drama que iba a jugarse. Tuvo ocasion de conocerlo el jeneral en jefe aun ántes de que se rompieran los fuegos, descubriendo su propio pecho para penetrar en el de sus compañeros de armas. Cuenta él mismo que en un dia del mes de marzo citó a su propia habitacion, en el palacio de gobierno de Puebla, a todos los jefes superiores del ejército, desde coronel arriba, a una junta de guerra. “I verificada “ ésta, refiere él mismo (*Parte jeneral*, páj. 12), hablé a todos “ manifestándoles: que la lucha que Méjico sostenia con “ una de las naciones mas poderosas del mundo, para no

“ permitir que fueran conculcados sus mas preciosos derechos, tomaba de dia en dia formas mas gigantescas i colosales; que desgraciadamente algunos de los malos hijos de Méjico se hallaban unidos a las huestes de la Francia, i que para que Méjico sostuviera con decoro sus derechos i pudiera hacer el noble papel que le correspondia en la lucha a que tan injustamente se le habia provocado, era necesario, absolutamente necesario, que los buenos mejicanos de que se formaba el cuerpo de ejército de Oriente, los que comprendian lo que importaba i valia el honor del suelo en que vieron la primera luz, se unieran haciendo a un lado resentimientos personales i de partidos, que siempre nacia i eran propios, no de la pequeñez de los hombres, sino de las situaciones graves i difíciles en que se colocaban muchas veces; que era necesario sacrificar en aras de la patria todo aquello que fuera pequeño i poco noble, todo aquello que tendiera a debilitar el poder de Méjico; en suma, que era necesario que el cuerpo de ejército de Oriente fuera el eco fiel de los sentimientos nacionales, i que para que su voz fuera mas vigorosa i potente, debia ser una sola i llevarla su jeneral en jefe, lo que daria tambien por resultado, que la accion de éste quedara mas espedita i pudiera fijar su atencion en solo los asuntos de la guerra.”

Continúa el jeneral en jefe narrando los incidentes de aquella hermosa cita de tantos bravos que ayer habian sido émulos i hoy el amor de la patria reunia en una sola emulacion: la de morir por ella! Porque no debe olvidarse este otro distintivo escepcional de la defensa de Puebla. Toda ella es hecha a nombre de un solo sentimiento: el amor comun a la patria. Fuera de este jeneroso estímulo, hondas divisiones trabajaban los ánimos, pues las querellas domésticas estaban aun frescas i no se habia secado aun la sangre

de los hermanos cuando comenzó a correr la del extranjero. Bástenos observar para comprender el mérito i la lealtad de aquellos hombres mal juzgados, que el jeneral Negrete, cuyo desempeño en la plaza es segundo solo al del jeneral Ortega, habia sido uno de los vencidos por éste en el memorable hecho de armas de Silao, i en igual caso, mas o ménos, se hallaba la mayor parte de los jefes i oficiales de toda la guarnicion.

XI.

Pero decíamos que la entrevista de los sitiadores no habia terminado ahí. En efecto, el jeneral en jefe siguió pintando a sus subordinados las diferentes facetas de la cuestion militar que iba a ventilarse, i por consiguiente llegó a admitir, pues nunca confiesa que él dudó de que así sucediera, la pérdida de la plaza por la fuerza superior de los invasores i los inmensos recursos de la Francia. “Pero lo que
“ podemos salvar, añadió (son estas sus palabras) a pesar de
“ nuestros enemigos, fueran cuales fueren los sucesos, lo
“ que no tendrian poder para arrebatarnos ni aun los mismos
“ acontecimientos, es el honor de Méjico: i que para sal-
“ var éste, si la guerra se desgraciaba respecto de nosotros,
“ si la fortuna no nos era propicia, yo contaba como cola-
“ boradores con todos los hombres de corazon a quienes
“ llamaba compañeros de armas, con todas las notabilida-
“ des democráticas que de puntos lejanos i atravesando
“ centenares de leguas habian concurrido a Zaragoza, no
“ en pos de comodidades o empleos militares, sino en busca
“ de rudas fatigas i de una tumba gloriosa; que a esos
“ hombres, en quienes la nacion tenia cifrado su porvenir i
“ que eran la columna de sus libertades públicas, yo los

“ juzgaba capaces de todo lo grande, de todo lo que es ca-
“ paz un pueblo cuando se trata de su honor, esto es, de
“ los actos mas heróicos; que por lo mismo queria que, an-
“ ticipadamente i de una manera solemne, levantáramos
“ un monumento a las glorias de Méjico, i que ese monu-
“ mento consistiera en hacer todos una protesta que deja-
“ ríamos consignada i firmada en una acta, de defender
“ cada uno de los señores jenerales i jefes los puntos que les
“ encomendara, sin que importara algo para el cumpli-
“ miento de las consignas que recibieran, si alguno o algu-
“ nos de esos puntos caian o nó en poder del enemigo, pues
“ de lo que debian cuidarse era de defender cada uno hon-
“ rosamente sus parapetos i reductos, aunque la ciudad
“ quedara convertida en escombros, i no hubiera ya medio
“ alguno de salvarla, peleando cada uno en los puntos en-
“ cargados a su defensa, hasta caer muertos o prisioneros en
“ ellos; pues que estaba resuelto, porque así me lo aconsejaba
“ el honor i el deber, a que si la fortuna no nos era favo-
“ rable, no salvar de la plaza ni un cartucho ni un proyectil,
“ ni un hombre ni un cañon, i a defender a la ciudad
“ hasta en su último atrincheramiento, para que pudiéramos
“ decirle en él al jeneral del ejército invasor, cuando
“ ya humanamente no nos fuera posible poder continuar
“ la lucha: *No podemos ya defendernos; no te pedimos ga-
“ rantías; ven i ahórcanos si quieres!* Tales fueron mis pa-
“ labras.”

XII.

El objeto principal de aquella reunion i de esa arenga era arrancar a la guarnicion un voto solemne de valentía i de constancia que hiciera mas firme su resolucion, I en

verdad, que el jeneral Ortega consiguió sus fines por completo mediante su influjo i su sensible cuanto varonil elocuencia.—“Al preguntar, concluye el narrador oficial de aquella conferencia, si se hacia la protesta, si se levantaba el acta i si prestaban, no como soldados sino como ciudadanos, su adquiesscencia para ello, todos se levantaron de una manera simultánea para aprobar cuanto habia dicho. No hubo discusiones, no hubo esplicaciones, no hubo objeciones de alguna especie: a mi incorrecto discurso, solo sucedieron lágrimas....”

Tales hombres podian ser vencidos?

XIII.

Bajo aquellos augurios, ya aciagos, ya sublimes, iba pues a iniciarse el famoso asedio de la ínclita Puebla.

El dia 16 de marzo encontrándose el jeneral Ortega en la altura de Guadalupe divisó unas polvaredas que se avanzaban por el camino de Vera Cruz en direccion a aquellas fortalezas. Era el polvo que levantaban en su marcha las columnas francesas que venian ya apercibidas en órden de combate. Sonaban en ese momento las nueve de la mañana, i un cañonazo disparado en el fuerte de Guadalupe al izar el pabellon nacional, anunció a los sitiadores que la tarea de la gloria habia comenzado....

XIV.

Los vencedores de Solferino i de Magenta no venian ahora, sin embargo, como habia venido un año hacia el arrogante Lorencez, a paso de carga i tambor batiente,

cual si se tratase solo de atropellar débiles estacadas. Contra la expectativa jeneral, se acercaban con una rara prudencia i desplegando todas las precauciones aconsejada por el arte de la guerra cuando se tiene al frente un enemigo poderoso. El mismo jeneral Ortega se preparaba, por su parte, para dar una batalla decisiva aquel mismo dia, pues la sombra de Zaragoza debia presentársela a cada instante, batiendo el estandarte de Méjico que él coronó de gloria en aquel sitio. Aun el mismo tardo e indeciso Comonfort habia participado de aquella creencia, i se vieron esa mañana sus columnas tras unos cerros bajos llamados de Uringa, que se aproximaban por el norte al camino que traian los franceses.

Estos, sin embargo, apénas habian llegado a la eminencia de Amalucan, en el camino de Vera Cruz, fuera del alcance de cañon de la plaza, tendieron su campamento, i se fortificaron a su vez en la altura, como si en lugar de venir a asediar, temieran ser asediados.

Tan grande era en verdad la calma de los franceses que tardaron no menos de *cinco dias* en tomar una resolucion i en ponerla por obra.

XV.

Mas aquella, por lo mismo, debia ser fatal a la plaza pues estaba fundada en los mas claros preceptos de la estratejia. Apenas habian practicado los franceses sus primeros movimientos de circumbalacion notaron, en efecto, el desamparo en que habia quedado el importantísimo punto denominado Cerro de San Juan i resolvieron en el acto apoderarse de él, estacionarse en sus faldas i desde ahí batir la plaza hasta rendirla. El plan no podia ser mas sencillo,

pues era tan evidente el error cometido por los sitiados que éstos en realidad habian dejado abierta de par en par la puerta del recinto que iban a defender. Habian hecho con el cerro de *San Juan* lo que haria el ingeniero militar que tratando de defender, por ejemplo, a Santiago de Chile, dejase inerte el cerro de *Santa Lucia*.

XVI.

Terminados casi en el silencio las obras de zapa i de fortificacion practicadas por los sitiadores, i acumulado el grueso de sus fuerzas en el cerro de *San Juan* (pues habia dejado comparativamente débiles sus otras posiciones, excepto la de Amalucan, en el camino de Vera Cruz que era la base de sus comunicaciones con Orizaba i la mar) el dia 22 de marzo sus baterías de batir brecha rompieron un fuego tremendo sobre los fuertes de *San Javier* i *Morelos* que tenian a su frente i que hemos visto defendian los bravos coroneles Smith i Auza.

Dos dias continuó aquel nutrido fuego sin interrupcion, haciendo terribles estragos en los fuertes asediados que contestaban a su turno con imponderable enerjía. Los fuegos no se apagaban ni en la noche ni en el dia, ni cuando se fatigaban los pelotones de artilleros, ni cuando morian, porque ni la oscuridad era obstáculo, reemplazando la luz de la pólvora a la natural i relevándose los artilleros que servian las piezas, a medida que iban sucumbiendo.—‘‘Puede Ud. manifestar, decia el jeneral de los sitiados a su auxiliar Comonfort, escribiendo entusiasmado la noche del 24 de marzo, que si se pierde esta ciudad por uno de tantos azares que tiene la guerra, solo quedará en poder del enemigo un *monton de escombros*, porque sus defensores están

resueltos a defender los fuertes que se encuentran en los suburbios de la poblacion, i si éstos se pierden, cada una de las casas i edificios de aquella. Dígame Ud. tambien, que no admita esto como una fanfarronada, sino como la *espression mas sincera de este cuerpo de ejército.*”

XVII.

El bombardeo del fuerte *San Javier* continuó todavía con un teson inaudito. El resto de la plaza estaba silencioso. Parecia que los sitiadores hubieran encontrado en aquel punto la única parte vulnerable de aquella prolongadísima línea de improvisados atrincheramientos. Pero no era menor el entusiasmo de los sitiados por disputarles aquel reducto, que formaba en realidad la llave maestra de la plaza.

XVIII.

Habian pasado ya cuatro dias de bombardeo, i los franceses no intentaban un asalto. Esto parecia una novedad en sus hábitos guerreros. Mas el jeneral Forey no tardó en probar el renombrado impulso (*élan*) de sus incomparables tropas. A las ocho de la noche del 26 de marzo arrojó, en efecto, sobre los redientes ya demolidos de *San Javier* sus terribles columnas, en medio del horrísono estrépito de todos sus cañones puestos en juego para el lance. La suerte i el mayor denuedo estuvo, sin embargo, de parte de los sitiados en ésta como en casi todos los asaltos que a la bayoneta dieran sobre sus muros los enemigos. “Durante el dia (escribia el mismo defensor de la plaza al jeneral Comonfort, con su bien concebido laconismo de soldado i refiriéndole el éxito de

la jornada) con sus bombas i fuegos nutridos de cañon logró Forey destruirnos parte del fuerte de San Javier, i entre ocho i nueve de la noche de hoi, ha desprendido de sus paralelas unas columnas de ataque, i asaltó dicho fuerte, cuyas columnas fueron *rechazadas i destruidas* en menos de una hora, por nuestros valientes; en el concepto de que para obtener este triunfo, no tuve necesidad de hacer uso de una sola de las siete brigadas de infantería que tengo de reserva.”

XIX.

Dos dias despues, i cuando ya el fuerte San Javier no era sino un hacinamiento de escombros, los sitiadores emprendieron su segundo asalto. Elijieron ahora la luz clara del dia; pero ésta no les favoreció mejor que las tinieblas. A la una i media del dia se precipitaron varios rejimientos de zuavos sobre el fuerte, i una hora despues (a las dos i cincuenta minutos) eran obligados a retroceder a sus líneas, dejando las calles del asalto sembradas de cadáveres. Los sitiados tuvieron tambien pérdidas de consideracion. Solo dos batallones de bravos mineros de Guanajuato i Zacatecas (los mejores soldados para un sitio) perdieron mas de cien plazas.

XX.

Pero no por estos dos fracasos sucesivos, los franceses desesperaron de hacer suya aquella posicion en la que estaba concentrado todo el esfuerzo de los cincuenta mil hombres que entre sitiados i sitiadores rodeaban la plaza.

El 29 de marzo, una semana despues de haber comenzado el bombardeo, se dió el tercero i decisivo asalto.

Ya el jefe de los sitiados, en consulta de jenerales, habia resuelto desde temprano en ese dia abandonar aquel fuerte que no habia ya medio humano de salvar. Un bombardeo de ocho dias lo habia arrazado con la tierra i no habia reparo tras sus muros ni para una pieza de montaña. En consecuencia, hizo el jeneral en jefe retirar cuanto pertrecho habia en él, i una vez desembarazado de todo elemento de resistencia, i convertido aquel castillo en un silencioso fantasma, esperaron los de la plaza que los franceses llegaran a tomarlo.

A las cuatro de la tarde, en efecto, despues de haber hecho fuego sobre el fuerte toda su artillería, los franceses se lanzaron por tercera vez sobre las ruinas disputadas, i despues de una obstinada lucha, gloriosa para ambos, se hicieron dueños del recinto. Los jenerales Negrete i Ghilardi habian venido el uno con las reservas i el otro con tropas de su reducto, a prestar ayuda a la línea atacada de Antillon, que como hemos visto defendia el poniente, i tan recio fué el choque en aquel dia que solo de los mejicanos quedaron en el campo mas de 500 hombres. Los fuertes de *Santa Anita* (coronel Macias) i *Morelos* (coronel Auza) que enfilaban la posicion perdida contribuyeron tambien a hacer mas cara su adquisicion a los asaltantes, al propio tiempo que servian de abrigo a las fuerzas que de aquel recinto habian sido desalojadas.

XXI.

La captura del fuerte *San Javier* cambiaba enteramente el aspecto del sitio. Los franceses habian puesto ya un pié

dentro del recinto de la plaza, i no seria fácil hacerlos retroceder. Militarmente hablando, el sitio estaba terminado, porque se hallaba rota la línea exterior de las fortificaciones; i teniendo ya aquel punto de apoyo para sus *paralelas*, los sitiadores podian prolongarlas a mansalva hasta el interior de la plaza.

XXII.

Pero si el asedio estaba terminado conforme a las reglas de la guerra, segun las espresiones propias de Forey, no lo estaba segun el heroismo de los sitiados i la magnánima resolucion de su caudillo.

Perdida la llave maestra de la plaza, el jeneral Ortega se consagró con todos sus jenerales, a quien llamó en su auxilio, a formar una *segunda línea* interior de defensa; i con un teson increíble en el trabajo i un heroismo mayor en los combates, lo consiguió al fin en pocas horas. “En ella, dice aquel jefe en su *Parte jeneral*, hablando con justo orgullo de los esfuerzos hechos en esta segunda línea, en ella, esto es, en la establecida para sustituir a San Javier, así como en sus puntos avanzados, fué donde nuestro cuerpo de ejército rechazó repetidas veces al ejército invasor, donde cayeron prisioneras sus valientes i atrevidas columnas de asalto, i donde el cuerpo de ejército de Oriente defendió brechas abiertas i practicables por muchos dias, *siendo una de ellas por el término de cuarenta.*”

XXIII.

Estacionando los mejores batallones de la guarnición en los techos de las casas, en las bocas-calles aspilladas, dentro

de los claustros de los conventos i de los edificios públicos i en las torres mismas de los campanarios, el jeneral Ortega suplia con muros de hombres, los muros de tierra que habia derribado el cañon. Cada jefe, cada soldado sabia su deber. La consigna era terminante. El mismo jeneral en jefe la recuerda en estos términos tal cual se daba a cada cuerpo.—“Sostenerse a todo trance hasta quedar *muerta* o *prisionera* la fuerza, respecto de los que formaban la línea mencionada.” (*Parte jeneral*, páj. 61.)

I sin embargo de aquel rigor antiguo de la lei militar, “no recibí, dice el mismo Ortega (*Parte jeneral*, páj. 56) de esos valientes ni la mas lijera indicacion, ni la observacion mas mínima respecto de las órdenes que recibian: alegres i obedientes, llenaban para con su patria, los deberes de soldados republicanos i subordinados. Solo recuerdo estas frases que me dirijió modesta i privadamente Herrera i Cairo, (hoi un ilustre jeneral de la República.) “Mi jeneral, si Ud. lo cree conveniente, sacrifique el batallon de Querétaro que mando, para ver si se logra recuperar el fuerte de San Javier: mi persona i el batallon estan dispuestos a hacer ese sacrificio en los términos que Ud. lo exija.” Yo aprecié en lo mucho que valian, las palabras de aquel jefe, añade Ortega, i mas cuando su fisonomia, su acento i la hora i punto en que las vertiera, me revelaban que procedian del corazon; pero juzgué que era inútil cualquier sacrificio, porque aunque lograra apoderarme del fuerte, con pérdida de algunos centenares de hombres, no podia conservarlo ni defenderlo por las razones que manifesté al señor ministro.

I pasando a hablar en seguida del valeroso Auza, “encontré, dice, que hablaba éste a la sazón con el jeneral Paz en el punto de mayor peligro, i a sus fuerzas con el mas grande entusiasmo, i me dijo el primero: *Creo que aceptará Ud. mi súplica, que no me relevará las fuerzas, ni me*

mandará reserva alguna particular, pues hasta esta hora no creo necesitarla. Ya ve Ud. el buen estado en que se hallan las fuerzas: ellas i mi vida le responden a Ud. de los redientes de Morelos i manzanas que ocupan.”

XXIV.

Aquella lucha de calle a calle, de vereda a vereda, de tejado a tejado, de hombre a hombre, en que los dos ejércitos se batian cuerpo a cuerpo, sin darse tregua, es sin disputa el rasgo mas heroico del famoso hecho de armas que a la lijera narramos. Era preciso que fuera por la patria por lo que se peleaba para que los mejicanos defendieran sus hogares con tan invencible obstinacion. Despues de treinta i dos horas de un fuego espantoso de rifle, de fusil i de cañon, lo sitiadores sostenian, no una, sino todas las manzanas o macisos de casas que rodeaban las ruinas de San Javier. I todavia con una calma que acusa una alma en todo heroica, el jeneral que mandaba hacer aquellos prodijios escribia a su compañero Comonfort estas palabras en la noche del 30 de marzo.—“Me he propuesto sostener *otras treinta horas* las citadas manzanas para obligar al enemigo que las tome en columna cerrada i a que en el ataque sea rechazado, o pierda mil o dos mil hombres....”

Los sitiados bien podian pedir aquella compensacion de sangre i de esterminio. Ellos habian perdido ya tres mil soldados.

XXV.

Desde el 1.º de abril el sitio de Puebla perdió enteramente su carácter estratéjico i se hizo una lucha jeneral de he-

roismo en todas las manzanas que rodeaban los escombros de San Javier, i que no eran sino inmensas ruinas a su vez. El cañon enemigo se empleaba solo para abrir la brecha del asalto, i una vez rota aquella, penetraban como torrentes, ya de fuego, en las acometidas nocturnas, ya de resplandeciente acero en las cargas secas a la bayoneta, a la luz clara del dia.

Otro tanto hacian los sitiados. Por el mismo sendero donde habian entrado i retrocedido los asaltantes, se lanzaban ellos a su turno para asaltarlos i vencerlos o ser vencidos, matarlos o morir..... En la noche del 3 de abril los franceses rompieron brecha en las paredes del claustro de San Marcos, que defendia el valiente jeneral Porfirio Diaz, el nuevo jeneral Guerrero de la segunda independenciaméjico i su mejor esperanza hoi dia; i tal fué la bravura desplegada de uno i otro lado, que el jefe mejicano en su parte del suceso al jeneral en jefe refiere “que los franceses llegaron hasta ocupar la mitad del patio, i la otra mitad los defensores,” batiéndose no ya como soldados sino como leones.

Otro tanto sucedió en un combate parcial sostenido el dia 6 por el jeneral La Llave con el solo batallon de Turpan. Estos valientes tomaron treinta i seis zuavos prisioneros, perdiendo en la pelea un jóven capitán que era una bella promesa para su patria, el valiente Galindo.

XXVI.

En la tarde anterior (5 de abril) los sitiadores, para dar su asalto diario habian comenzado por incendiar la iglesia de San Agustin, vecina de *San Javier*, i reduciéndola a escombros. Los defensores, sin embargo, la defendieron a

todo trance a fuego i agua, bien que no les fuera posible salvarle de las llamas “por la multitud de combustibles, dice jocosamente el jeneral Ortega a Comonfort en su carta de aquel dia, que habia en la iglesia, i que consistian en santos colaterales, casullas, manteos etc. etc.” (*Parte jeneral*, pág. 69.)

Tan activo habia sido, entretando, el fuego en aquellos dias que hasta el 7 de abril se habian hecho en la plaza no menos de veinte i cinco mil disparos de cañon, arrojado mas de mil bombas i consumido cuatrocientos mil cartuchos de fusil.

XXVII.

Con el mal éxito de los ataques de San Marcos, San Agustin i el resistido tan heroicamente por el batallon Turpan el 6 de abril, el sitio aflojó un tanto los dias subsiguientes hasta el 19 de en que los franceses dieron el sangriento i feliz asalto del convento de Santa Ines, vecino al fuerte Morelos que mandaba el coronel Auza.

XXVIII.

El jeneral Ortega empleó aquellos dias de pasajero descanso en procurarse víveres i pertrechos. Ya ántes que comenzara el asedio de la plaza habia despachado a Méjico a los coroneles Colombres i Auza para solicitar con urgencia aquel auxilio i en especial setecientos quintales de pólvora que le exijia el comandante jeneral de la artilleria Paz, para responder del buen servicio de los fuertes. El gobierno de Méjico todo lo prometia i hacia responsable a Comonfort

del abastecimiento de la plaza, como habia hecho a Ortega responsable de su defensa.

Mas las municiones de boca i de guerra no llegaban.

En la noche del 13 al 14 de abril hizo salir en consecuencia de la plaza el jeneral sitiado los tres mil dragones que mandaba O'Haran, porque ya le faltaban forrajes i esperaba que con el auxilio de aquellas fuerzas pudiera Comonfort introducirle víveres. Con igual objeto habia despachado ántes las brigadas de caballería de los jenerales Carbajal i Rivera, pero solo este último pudo hacerle llegar en la noche del 18 de abril, unas *noventa fanegas de harina* a hombros de indios.

Aquel puñado de comestibles, insuficientes para dar mas de un pan seco a los soldados, fué el *único* ausiliar que de afuera recibió la plaza en los sesenta i dos que duró el asedio!

XXIX.

O'Haran, que ejecutó valientemente su salida atropellando al 6.º rejimiento de línea que guardaba la salida del camino que traia, llevaba, ademas, instrucciones para combinar un plan de ataque que hubiera llevado simultáneamente sobre los flancos, o el centro mismo de la línea sitiadora toda la pujanza combinada de los dos ejércitos patriotas.

Con este fin, Comonfort, en un dia dado debia aproximarse a tal o cual punto señalado de antemano, embestir repentinamente a los franceses, miéntras que de la plaza saldria en su auxilio el jeneral Negrete con todas sus reservas.

La ejecucion de aquella empresa era harto fácil, i como

el jeneral Ortega lo afirmaba, habria obligado a los franceses, sino a levantar el sitio, a concentrar todos sus campamentos esparcidos en diversos puntos del cerco de la plaza en un solo centro, i de esta manera aquel habria quedado mas espedito para las comunicaciones, haciendo tambien posible el auxilio eficaz que la ciudad hambrienta a gritos reclamaba. Pero Comonfort no se movia! De cuando en cuando sus columnas se dejaban ver por las colinas de Uranga, trayendo la esperanza a los sitiados que las contemplaban desde lo alto de las almenas de Guadalupe. En mas de una ocasion salió el jeneral Negrete a la llanura a esperarlas al frente de sus reservas; pero en vano. Despues de algunos disparos de cañon o de un debil tiroteo, volvian las tropas del "Ejército del Centro" a sus cuarteles, burlando todas las ilusiones. Aquel ejército no parecia en verdad hermano de la tropa heroica que defendia a Puebla de Zaragoza!

XXX.

Entre tanto, despues de aquella pausa que parecia obligada en los franceses por una causa análoga a la de la plaza (la escasez de municiones) se interrumpió de nuevo aquella el 19 de abril. El 15 i el 17 Forey recibió de Orizaba ciento cincuenta carros de pertrechos i el 19 lanzó a los zuavos como una jauria de leones sobre los claustros de Santa Ines. Conquistáronlos éstos, al fin, aquella tarde despues de un combate en que corrió la sangre a raudales. Los tres principales batallones que tomaron parte en la defensa de aquel sitio bajo las órdenes de Diaz (4.º de Zacatecas, 1.º de Aguas-calientes i rifles de San Luis) perdieron ciento cincuenta hombres cada uno... Podian dar mayor prueba de su inmortal denuedo?

Amenazada, o mas bien, perdida de esta suerte la segunda línea, el jeneral en jefe mandó incendiar todas las manzanas de que habian sido desalojados los sitiados en aquellos dias, para lo que fué preciso volverlas a tomar momentáneamente, haciendo heroicas salidas. Pero así cumplian los mejicanos su promesa de no dejar a los invasores piedra sobre piedra en todo el suelo de la ciudad que mereció dos veces el nombre de “La nueva Zaragoza”.

XXXI.

Pero no era solo el cañon enemigo el que debia poner a prueba las almas verdaderamente grande de los soldados de Puebla i en especial la mas robusta de todas, la del magnánimo Gonzalez Ortega. Sus amigos, sus mejores cabos, los brazos fuertes de la plaza iban a traerle sobresaltos que amargarían su espíritu sin doblarle al desaliento.

XXXII.

Perdida la segunda línea, improvisada dentro de las casas mismas del pueblo, un dia del mes abril (que el jeneral Ortega no recuerda si fuera el 21 o 22) se presentaron en su habitacion los jenerales Berriozabal, Negrete, Antillon i La Llave, todos comandantes de division i lo mas selecto entre los hombres de guerra que encerraba la plaza, i pidieron hablarle.

Iban a exigirle que la plaza fuera abandonada!

No era el terror el que dictaba aquel consejo. Era, al contrario, la prevision de un sacrificio sin gloria la que la habia prescrito i hecho que se adhirieran a ella el pundo-

roso La Llave, el valiente Negrete, Antillon, todas las eminencias, en fin, entre los sitiados, escepto los jenerales profesionales Mendoza i Paz i el coronel Auza, fiel secuaz de Ortega en todos los caminos i en especial en aquellos que conducen al sacrificio i a la gloria. Los jenerales mejicanos querian abandonar la plaza, no por salvarse ellos, sino por salvar para su patria el “Ejército de Oriente”. Un ejército que sale por entre el enemigo, no se salva—pelea; i si se salva peleando suya es la gloria. Pero lo que aquellos hombres denodados querian para sí era—*no capitular*. Hai caractéres así hechos en la carrera de las armas, i nada es mas frecuente que el encontrarlos en nuestra belicosa América desde el soldado al caudillo. El europeo capitula con el enemigo porque toda su vida es una transaccion. El criollo americano no capitula jamás con su adversario, porque su vida es la libertad, i en caso dado prefiere antes que rendirse, matar o ser muerto.

Hai hombres que cuando dan su vida creen que dan menos que si se les pidiera su hogar, su suelo nativo, la espada que llevan al cinto; i a esta clase de soldados pertenecian los jenerales de Méjico que incitaban a Ortega, no para rendirse, que eso habria sido vil traicion, sino para pelear en campo raso, donde vencerian o moririan con gloria.

A los argumentos puramente militares que le hicieran sus segundos, Gonzalez Ortega contestó estas palabras que él mismo reproduce. (*Parte citado*, páj. 65).

“ Yo no he recibido instruccion alguna del Supremo Gobierno para obrar de esta o aquella manera en tales o cuales casos que pudieran preverse, i que naturalmente debian acontecer en el ataque de la misma plaza: yo no recibí mas instruccion i consigna que la siguiente: *Defiende a Zaragoza*, i respetando en esta parte el noble i sublime silencio del Gobierno, creí que comprendia la

“significacion de esa elocuente consigna en estos tér-
“minos.”

Apunta en seguida aquel noble soldado los motivos de honor i de deber que le prescribían defender la plaza hasta la última estremidad, i despues de una minuciosa enumeracion de sus razones, en la conferencia secreta que tuvo con sus principales jefes, añade lo que sigue i que no es menos digno que cuanto llevamos dicho sobre este mejicano ilustre, del nombre de un gran capitán i de un gran ciudadano.—“Díjeles tambien que este era mi deber i lo llenaría, fuéran cuales fueren los tropiezos i dificultades que se me presentaran, i mas euando al llenar ese deber satisfacia los sentimientos de mi corazón, complaciendo al mismo tiempo las exijencias de mi cerebro; porque si yo ejerciera entonces el mando supremo de la nacion, dispondria: que el cuerpo de ejército de Oriente, en el asedio que sufría la plaza i en el estado a que habian llegado las cosas, se *sacrificara de un modo nuevo i honroso, para demostrar a la Europa i al mundo, que los ciudadanos de que se compone nuestra República, esto es, el pueblo mejicano, tan noble como el pueblo mas noble de la tierra, poseía grandes i elevadas virtudes, que injustamente no le habian concedido las otras naciones, o quizá por lo mal que lo habian representado sus hombres públicos; i dije, por último, que mas grandes se presentaban los milicianos que mandaba, i mas respetable la nacion ante el ejército frances, sacrificándose aquellos en cumplimiento de una consigna i en las aras de un deber sagrado, que abandonando la plaza estemporáneamente, lo que podia atribuirse a una fuga vergonzosa, i mas cuando no había una razon imperiosísima que justificara aquella medida.”*

“Esto motivó, añade poniendo término a esta singular sesion, una larga i acalorada discusion, en la que se am-

plificaron los argumentos referidos, agregando a lo dicho, el jeneral Antillon: que el cuerpo de ejército no estaba en obligacion de hacer un sacrificio inútil. El jeneral Berriozábal: que por el estado de desmoralizacion en que se encontraba nuestro cuerpo de ejército, temia i queria evitar que los franceses lo hicieran prisionero i los males que a esto se seguirian, porque puestos los elementos físicos con que contábamos, en manos de Márquez, estaba hecha con esto la destruccion de los pueblos de la República; me ofreció ademas su firma i las de los otros jenerales, para que descansando en ellas, pudiera salvar mi responsabilidad ante el gobierno i ante la nacion, porque aseverarian i autorizarian con ellas, segun se espresó, la bondad del acto que me indicaban i pedia que pusiera en práctica. El jeneral Negrete: que si no queria aceptar las indicaciones que se me hacian, me resolviera a dar una batalla campal, para salir de una u otra manera de la plaza. El jeneral La Llave, llevando la palabra por todos los demas: que la marcha natural de los acontecimientos del sitio, aun cuando no se nos tomara la plaza, nos iba conduciendo necesariamente a una capitulacion, i que tanto él como sus compañeros estaban resueltos a no celebrarla.”

Aquella dificultad terminó al fin como debia terminar entre tales hombres. El jeneral Ortega pidió a sus subalternos que le destituyeran ahí mismo de su alto i responsable puesto, ofreciéndose en holocausto a la humillacion por no ofrecerse tal a la violacion del deber. Pero los jenerales todos que lo rodeaban, i los primeros entre ellos, Mendoza i Paz, protestaron contra aquel medio de avenimiento i se fueron a sus puestos a devolver sus proyectiles con mas ardor al enemigo.

El Gobierno aprobó en todo la prudente i bizarra conducta del jeneral Ortega; pero este se guardó con laudable

modestia de dar parte a sus compañeros de aquella manifestacion “que hubiera herido la susceptibilidad de aquellos, ahagando la suya propia.”

XXXIII.

Despues de los heroicos dias de la fatiga i de los dias del reposo, mas heroicos todavia, porque aquellos fueron los de la resistencia, éstos se destinaron a las salidas en campo raso, llegaron al fin para la guarnicion de Puebla los dias de la gloria, a los que ai! debian seguir en breve los de la perdicion....

XXXIV.

Los franceses habian ocurrido en los últimos dias de abril a las postreras estremidades de la guerra de asedio, a la mina.

El 24 de abril a las seis de la tarde saltó en el aire el barrio llamado del Pitimini, que defendia un batallon de Toluca bajo las órdenes superiores del jeneral Berriozabal, i a las cinco de la mañana del dia siguiente voló otra manzana del barrio de Santa Ines, defendida por el coronel Auza con los batallones 3.º i 5.º de Zacatecas, su provincia nativa.

Aquellas dos esplosiones fueron la señal de un asalto jeneral. Era el sexto u octavo que daban los franceses. En el de Pitimini, que habia sido parcial, quedó sepultado en las ruinas la mitad del batallon que lo guarnecia, pero la otra mitad se defendió con extraordinaria bravura i rechazó al fin a las espesas columnas asaltantes.

XXXV.

Pero el de Santa Ines fué un ataque de otro jénero i el mas terrible i sangriento que presenciara la plaza. En el momento de estallar la mina se lanzó a los edificios demolidos el primer rejimiento de Zuavos, como un torbellino de acero que sucedia al torbellino de las llamas. Jamas se vió un denuedo igual en los asaltantes; jamas se desplegó tampoco igual firmeza de ánimo por los que defendian el suelo sagrado de la patria. Siete horas duró aquella lucha sostenida en cada patio, en cada corredor, en cada pasadizo, en cada umbral. Era el claustro de Santa Ines una jaula de leones que se disputaban, despues de los dias del hambre, la presa escasa que les arrojara su custodio. Peleaban aquellos hombres, segun el testimonio de los mismos franceses, a la bayoneta, con las culatas de los fusiles, con los maderos de los escombros, con sus manos mismas crispadas por la ira i el coraje. De los zuavos, dice el mismo Ortega, que pelearon como leones. Empero, mayor bravura desplegaron los heroicos mineros de Zacatecas, porque al fin vencieron a aquellos. La muerte i no la noche puso fin al combate. De los *quinientos* zuavos que penetraron al asalto, solo *setenta* escaparon, segun el oficial Duchesné que quedó prisionero i herido de bala, bayoneta i piedra. De los demas, ciento treinta rindieron las armas acribillados todos de heridas. Los otros quedaron en el campo. Ortega hace subir a cuatrocientos el número de los que perecieron. El capitán prisionero Blodt, a su vez, referia que de sus compañeros habian muerto los oficiales Deveaux, St. Hilaire i Bormchligel i quedaban heridos, ademas, Duchesné, La Louette, Demilley, Mejon, Mathieu i otros, todos con no ménos de tres heridas cada uno.

De los mejicanos, el nombre que mas alto llegara a pregonarse en las órdenes del dia de aquel glorioso combate fué el del coronel, hoy jeneral i diputado don Miguel Auza. Herido i sepultado por los escombros que caian en todas direcciones, él alentaba todavia con voz ronca pero no desfallecida, a sus mineros al combate. Fué en aquella mañana cuando mereció de su jefe, en un parte oficial el nombre que habia tenido Ney en el gran ejército: *el valiente entre los valientes*. “En la mañana del 25, dice el mismo Ortega, (refiriendo aquel lance i el tranquilo quanto heroico denuedo del coronel Auza) i en el acto que otras minas hicieron de nuevo su esplosion, bajo los cimientos de la manzana de Santa Ines, me dirigió el correspondiente aviso el señor jeneral Auza, a quien mandé decir: que dentro de algunas horas, i tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, deberia sufrir un asalto, i que siendo el edificio de Santa Ines uno de los de que formaba la línea de que ya he hecho mencion; la órden que recibia era esta: rechazar al enemigo, o defender el punto que le estaba encomendado *hasta caer muerto o prisionero con la fuerza que le obedecia*. Le mandé decir tambien con el mismo ayudante que llevaba la órden: que por mi parte estaria pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaria dentro de poco.”

“La respuesta que diera a lo anterior fué la siguiente: *que las órdenes que acababa de recibir quedarian axactamente cumplidas.*”

XXXVI.

Aquel fué el mas hermoso dia de Puebla. Lo habia sido ya por el heroismo e iba a serlo otra vez por la humanidad.

La bravura no es casi siempre sino la corteza de las almas tiernamente jenerosas; es la espuma del noble licor que hierve en el vaso de la vida, como la sangre hierve en las mas recónditas cavidades del pecho.

El jeneral Ortega dispuso que los heridos del combate de Santa Ines se levantasen i socorriesen con *igualdad absoluta*, alternándose un frances con un mejicano; condujeron a los oficiales heridos en sus propios brazos ayudantes del jeneral en jefe a las mejores habitaciones de que podia disponerse, i a los que estaban ilesos ordenó el mismo Ortega se les entregasen sus espadas. Todos estos hechos los comprueban los oficiales mismos que recibieron el beneficio, i que creian ser prisioneros de tropas bárbaras.

Entretanto, el jefe del ejército civilizador de Napoleon III, destinaba a los prisioneros mejicanos a ser incorporados en las filas del traidor Marquez, o a los trabajos mas pesados del asedio. Ningun frances dió, sin embargo, una palada para defender a Puebla, ni ménos fué obligado a descargar sus armas sobre el pecho de sus camaradas, cuyas fatigas habia participado la víspera. Pero el ejército de Puebla era “bárbaro” i el de Francia “civilizado i civilizador”.

La conducta de los mejicanos para con los prisioneros de la nacion que venia a robarles su libertad i su honra, es el rasgo mas noble i mas caracterizado de aquella guerra del patriotismo.—Honra a los soldados de América!

XXXVII.

Cúmplenos ahora seguir al modesto narrador del heroísmo de Puebla en la relacion de su desastre. Su ánimo por esto no es desigual ni altera tampoco el lenguaje tranquilo i varonil de su relato. Atendida, al contrario, la modes-

tia nunca desmentida de esta relacion, el *Parte jeneral* de la defensa de Puebla, es un documento casi único entre los fanfarrones boletines americanos, i aun ofrece un contraste marcados con las bombásticas proclamas de los jenerales franceses que han peleado en Méjico.

XXXVIII.

Despues de los serios ataques de los últimos dias de abril, los mejicanos habian quemado mas de un millon de tiros de fusil, i el comandante jeneral de artilleria vino una tarde a advertir al jeneral en jefe que no tenia municiones sino para ménos de ocho dias.

De Comonfort no habia ya ni noticias siquiera. Los correos que le llevaban proposiciones combinadas para un ataque simultáneo no volvian. El dia 26, a fin de aprovechar del éxito del combate de Santa Ines, le habia propuesto Ortega que se acercara a la plaza, rumbo del norte, i atacar a los franceses por la espalda; pero la respuesta del jeneral en jefe del “Ejército del Centro”, fué pedir instrucciones al gobierno de Méjico. Hai corduras que se parecen al miedo o a la intriga, i si el jeneral Comonfort no hubiera dado tantas hermosas muestras de denuedo militar (no cívico) i de grandeza de alma en casos afflictivos durante su corta vida pública (1855-1863), habria razon sobrada para hacerle este reproche, ateniéndose al *Parte* del jeneral Ortega, quien, sin embargo, jamas lo acusa. Singular acaso, entre tanto, el de que hubiera muerto por una imprudencia i siendo jeneral en jefe del Ejército mejicano aquel mismo hombre que tanta circunspeccion usara en la campaña en que solo era segundo!

XXXIX.

Por otra parte, el hambre acosaba a la guarnicion i a los cincuenta mil habitantes que se abrigaban en la ciudad. Eran dolorosísimos los lances que a cada paso se ofrecian al mismo caudillo de los sitiados.—“Ahí veia, dice, el jeneral Ortega, hablando de unas panaderias situadas en la calle de Mesones, donde él tenia su servidumbre, el cuadro mas triste i desgarrador que he presenciado en mi vida. Unas mujeres llorando me presentaban a sus hijos; otras me pedian pan; éstas que les diera pasaporte para salir de la ciudad; aquellas, que les proporcionara un socorro; i muchas, que les diera una boleta para que se les vendiera a cualquier precio una pieza de pan, en tal o cual establecimiento de los en que se trabaja aquel alimento para nuestros soldados.”

En otra ocasion describe aquel jefe la lastimosa escena que vamos a narrar, dejando a él mismo la palabra, pues aquella revela otra de las hermosas facas del carácter del héroe mejicano—la compasion: “Cuando me hallaba dice (*Parte citado*, páj. 138) en la torre de la Soledad, presencié uno de tantos espectáculos tristes de los muchos que ofrecia el sitio de Zaragoza.

“Multitud de familias, compuestas de mujeres i niños, presididas por un caballero envuelto en una capa romana i con un niño en los brazos, acosadas por el hambre, prefirieron afrontar la muerte a permanecer en la ciudad atacada.

“Colocada en grupos diseminados aquella gran caravana por toda la arquería que hai del Carmen a Ingenieros, intentó pasar el cerco enemigo con la proteccion de algunas

banderas blancas, con la que le daba la edad i sexo de las personas de que se componia, distinguido todo de una manera flagrante a la luz plena del sol, i por un punto donde no habia fuegos, ni podian embarazar con su salida alguna operacion militar.

“El ejército frances, que conocia la escasez de municiones de boca i guerra que habia en la plaza, quizo, como era muy natural, hacer mas violenta la situacion de aquella por todos los medios posibles. Así es, que tan luego como notó que intentaban salir del recinto fortificado las mujeres i niños de que me ocupo, rompió sus fuegos sobre ellos, de las obras de contravalacion que construyera por aquel rumbo.

“Las familias se replegaron a las casas de la ciudad, i poco despues intentaron nuevas i repetidas salidas, tomando las señoras, en los brazos i de las manos, a sus pequeños hijos, i marchando de esta manera por los puntos mas visibles de la llanura.

“El ejército frances volvia de nuevo a hacer fuego sobre ellas.

“Hasta las últimas horas de la tarde estuve presenciando aquel cuadro, formado de dos colores opuestos. Por una parte se veia una violenta e inusitada desesperacion; por la otra un cálculo indiferente, frio i glacial.”

XI.

A la escasez de municiones, a la falta probable de socorro, se añadia ahora la calamidad del hambre en todo sus estragos... El sitio debia militarmente terminar.

Pero Ortega i sus segundos resolvieron que no fuera por una capitulacion sino por una heroica salida.

IXL.

El 29 de abril dió aviso al jeneral Comonfort que iba a ejecutar su salida de la plaza la noche del 2 de mayo i le advirtió que estuviera pronto para socorrerlo.

Al mismo tiempo ordenó al jeneral Paz que aprestara con todo sigilo setenta piezas de artilleria, para salir con ellas, abriéndose paso por entre los contrafuertes con que el enemigo obstruia todos los caminos, i de acuerdo con el cuartel maestro jeneral Mendoza, se dispuso todo lo necesario para inutilizar el material de guerra que los defensores no pudieron llevar consigo. Mas cuando *estaba ya todo listo para la salida* de la guarnicion (Parte jeneral páj. 117) el jeneral Ortega recibe pliegos del jefe del *Ejército del centro* en que le dice suspenda toda operacion porque por momentos aguarda en su campo al presidente Juarez, que a la sazón se encontraba en Rio-frio, mitad de camino de Méjico a Puebla, i quien venia a tomar medidas definitivas.

Ortega aguarda entónces.

VIIIIL.

El 8 de mayo, una semana despues de haber recibido aquella comunicacion, se sintió un fuerte cañoneo en la division de *San Lorenzo*, camino de Puebla al campo del “Ejército del Centro”.... Era que se daba la infausta batalla de aquel nombre en que el jeneral Comonfort, aunque diese muestras de heroismo personal, se dejó batir casi sin pelear, arrollando los franceses por sorpresa al amanecer su primera línea, i ésta a la segunda i ambas a la tercera hasta convertir la jornada en una completa derrota.

Al dia siguiente, 9 de mayo, solo supo Ortega la funesta nueva, i esto por una carta de Forey tan cortés como astuta. Decíale en ella el jeneral francés que habia tomado a Comfort mil prisioneros, ocho cañones, cuatrocientas mulas i todos los pertrechos i víveres con que venia a auxiliarlo.—“Tal es, añadia en ella con refinada sagacidad i aparentando franqueza el viejo jeneral de la Crimea, la verdad exacta del hecho de armas que no os refiero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá a abrir los ojos a los ciegos que se niegan a creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere mas que concurrir con los hombres sensatos de Méjico a establecer el órden con la libertad en este desgraciado país, que arruina i desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de Méjico, que mis esperanzas no salgan fallidas!”

A esto contestó el jeneral Ortega algunos dias mas tarde (mayo 13) estas palabras dignas de su nombre: “Buenas i laudables, señor jeneral, serán las intenciones de V. E. i de la Francia respecto de Méjico; pero a la vez yo tambien me permito decir a V. E., consultando solo de una manera fria i glacial la verdad, i haciendo a un lado las afecciones, los sentimientos i el amor propio que tengo como mejicano, que la nacion toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, i sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular e irregular, menos por perder su independencia o mancillar su honor, i esto último es nada menos lo que importa el que Méjico admitiera la intervencion de una nacion extranjera en los negocios de su política interior.

“Veo en la comunicacion de V. E. un lenguaje franco, i por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle, manifestacion que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano, que toda la sangre francesa i me-

jicana que se ha derramado i siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande i culta nacion, no es tanto que pueda sobreponerse a la opinion de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente i libre.”

VIII.

Poco aun antes de estas esplicaciones diplomáticas habia mediado entre los jenerales contendientes cambios de palabras que ponian de manifiesto la sagacidad del uno i la entera magnanimidad del otro.

Habiendo ido el 7 de mayo el ayudante favorito de Ortega, comandante Tognó a solicitar un armisticio de dos horas del jeneral Forey, entró éste en largas pláticas con el jóven subalterno sobre la situacion política de Méjico i le habló del rol que en ella estaba llamado a desempeñar Ortega en la arenga siguiente que tomamos íntegra del Parte jeneral citado:

“Manifieste Ud., (dijo Forey al ayudante Tognó) al jeneral Ortega: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada i hasta cierto punto bárbara i reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios i casas de la ciudad están convirtiéndose en cenizas i escombros, por su tenacidad. Dígale Ud., que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo jeneral Ortega i la guarnicion, nombre que ya tienen, i por lo mismo son inútiles i contra la humanidad los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, segun la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de

la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, i arreglar una capitulacion honrosa, capitulacion que yo concederé al jeneral Ortega i a la guarnicion que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígame por último, que es necesario poner término a esta cuestion desastrosa, i que esto pende en mucha parte de su mano; *que se haga Presidente de la República de Méjico, i la cuestion ha concluido*; que convenga en que se hagan nuevas elecciones de majistrado Supremo de la nacion, i la cuestion concluye tambien; i que si para llevar acabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército frances: si no admite estas proposiciones, manifiéstele Ud., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia i para Méjico, pues yo creo que el jeneral Ortega nada me propondria que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, i si ni esto admite, que se preste al ménos a una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale.”

A todo aquel pomposo i alhagador discurso el defensor de Puebla contestó con su laconismo antiguo.—“A mi ayudante solo dije, (cuenta él mismo) en contestacion a lo espuesto, para que así lo manifestara al jeneral Forey: que le agradecia muchísimo el alto concepto que tenia de mi humilde persona, así como el justo i merecido elogio que hiciera de la guarnicion de la plaza; pero que importando sus proposiciones una intervencion de la Francia en la política de Méjico, o que me *convirtiera yo en un usurpador*, no podia acceder a ellas; i que no me prestaba a la conferencia, porque la creía inútil, en atencion a no tener yo ninguna clase de poderes lejítimos para intervenir en las cuestiones políticas i diplomáticas de mi país.”

VII.

Entretanto, los ataques a la plaza seguían con mayor ardor. Desconfiando los franceses de atropellar la línea de defensa que habían organizado los mejicanos tras de las ruinas de San Javier, San Agustín i Santa Inés, línea de pechos humanos que se reemplazaba por otros pechos a medida que los arrasaba la metralla, trasladaron sus baterías al frente del fuerte de *Injenieros*, que guardaba la parte opuesta de la ciudad por el oriente. Parecía que su plan era poner a la ciudad entre dos fuegos i tomarla por un asalto jeneral i simultáneo.

Los sitiados no desmayaron por esto. Comenzaron los franceses a batir la brecha del fuerte de *Injenieros* el 11 de mayo i el día 13 “el valiente cuanto modesto” jeneral Patoni que lo mandaba (i que hoy preside su estado nativo de Durango) pidió permiso al jeneral en jefe para hacer una salida sobre las posiciones enemigas con sus rifleros de Chiuhähüa i de su propio Estado.

Fuéle concedida aquella gracia, i el atrevido capitán ejecutó su hazaña a presencia de toda la guarnición, puesta sobre las armas i del mismo jeneral en jefe. Los rasgos de heroísmo se prodigaron ese día como si hubieran sabido las tropas que aquella era una jornada de adios..... “Uno de los soldados, refiere Ortega, de las fuerzas que salieron, herido gravemente de las dos piernas, se liga las heridas con el auxilio de sus compañeros, i sosteniéndose del muro, sigue haciendo fuego sin permitir que lo quiten de su puesto. Otro cae herido, entre otros mucho, en la llanura que se interponía entre el fuerte de *Injenieros* i los parapetos levantados por los sitiadores, i arrastrándose recoge algu-

nos cadáveres de sus compañeros, i formando con ellos una trinchera, despues de haberles quitado las cartucheras, sigue haciendo fuego durante el dia.”

“Yo mismo estuve presenciando, añade, este sublime espectáculo con el auxilio del lente, desde la cima del palacio. Como era natural, pedí los nombres de aquellos valientes, para dejarlos consignados en mis apuntes i darlos en esta parte, mas ya el Supremo Gobierno sabe los motivos que se han interpuesto a la realizacion de mis deseos.”

I despues, el noble caudillo, arrebatado de su entusiasmo patrio al recordar los hechos de los hijos de Méjico que habian venido desde sus confines mas remotos a defender su independenciam, esclama con orgullo:—“No solo las fuerzas de Durango i Chihüahüa escribieron con su valor una línea en la crónica de la defensa de Puebla de Zaragoza: rasgos de tanto heroismo como los que dejo citados, se repitieron i aun casi se hicieron comunes por soldados de los Estados de Puebla i Veracruz, de Jalisco i Aguascalientes, de Méjico i el distrito federal, de Chiapas i Guerrero, de Oaxaca i Tlaxcala, de Michóacan i Querétaro, de Guanajuato i Nuevo Leon, i de San Luis i Zacatecas.”

VI.

Era ya preciso abandonar la heroica ciudad pues estaban agotados todos los medios de defensa. Un hallazgo casual de mil cargas de trigo habia hecho prolongar dos dias mas las raciones de la tropa, porque el jeneral en jefe habia ordenado se repartiesen trescientas de aquellas al vecindario i el resto se distribuyera a los soldados. Mas las municiones de guerra estaban ya completamente exhaustas. Para defender el fuerte de *Injenieros* era preciso

desarmar las otras fortalezas cuyos jefes protestaban no responder de sus fuertes si eran abandonados de aquella suerte. Por otra parte, no se tenia noticia alguna del ejército del centro o de sus restos, despues del descalabro de San Lorenzo el dia 8. En ninguna parte del horizonte se distinguian las fogatas convenidas como señal entre los jefes de ambos ejércitos para aproximarse el uno al otro.

Por último, muchos de los jefes sitiados se habian reunido secretamente en la noche del 12 de marzo i dirigido una comunicacion al jeneral en jefe pidiéndole que abandonase la plaza i no capitulara. Firmaban aquella protesta los jenerales Negrete, Antillon, Alatorre, La Llave i Berriozabal.

IVL.

En consecuencia, el dia 15 de mayo citó a junta de guerra el jeneral Ortega i se dispuso en ella que se intentara la salida inmediata de la plaza; pero que antes se sondeara por algun arbitrio las concesiones que estaba dispuesto a hacer el jefe enemigo.

El jeneral Ortega se encargó de dar aquel paso urgente; pero respecto de las concesiones que iban a solicitarse de Forey hizo a sus compañeros de armas, estas nobles reflexiones que apunta él mismo. (*Parte citado, páj. 45*).—“Que nada importaba que el jeneral Forey concediera o no concediera la salida de la plaza al cuerpo de ejército de Oriente; porque el honor de éste i el de la República, objeto único porque se habia peleado i porque el que yo habia hecho que permanecieran nuestras tropas hasta ese dia sobre las murallas de Zaragoza, se salvaria de todas maneras. Porque si el jeneral frances se negaba a conceder la salida a los de-

“ defensores de la plaza, con los honores correspondientes, “ estaba yo resuelto a mandar romper toda la artillería, “ para lo que tenia ya dadas las órdenes respectivas, a des- “ truir todo el armamento, a disolver el cuerpo de ejército de “ Oriente, a entregar prisionero i sin garantías al cuadro “ de jenerales, jefes i oficiales, i a decirle al jeneral frances: “ que los defensores de Zaragoza habian llenado sus de- “ beres defendiendo la plaza hasta donde humanamente “ habia sido posible, i que cuando ya no podian hacerlo, “ con la conciencia tranquila por la bondad de la causa “ que defendian, con la frente erguida i sin esquivar la “ muerte, se entregaban a discrecion.”

Al dia siguiente, 16 de mayo, el cuartel maestre jeneral Mendoza pasó al campo enemigo i con el pretexto de solicitar un armisticio (que negó Forey porque comprendia los apuros de la plaza), insinuóle el pensamiento de una capitulacion militar en la forma mas honrosa, pues casi equivalia a una victoria. “El jeneral Ortega, dijo el viejo “ Mendoza al cauteloso Forey, pretenderia salir de Puebla “ con los elementos de guerra que posee i con todos los “ honores militares, esto es, con tambor batiente, bande- “ ras desplegadas, mecha encendida i en actitud la arti- “ llería de entrar en combate, i dirigirse luego, con el cuerpo “ de ejército que manda, a la capital de la República, ter- “ minando con su llegada a aquella ciudad, toda clase de “ compromiso, i quedando en consecuencia en libertad “ para continuar la guerra que sostiene Méjico contra la “ Francia.”

—“ Oh! le contestó Forey; todo concederé al jeneral Orte- ga ménos que queden en actitud las tropas que manda, de continuar la guerra contra la Francia.” I en verdad que el viejo soldado de Alma i Montebello tenia en esto sobrada razon!

III.

Queremos consignar aquí un rasgo honroso para aquel hombre valiente i que, sirviendo por deber a una causa abominable, se ha hecho, sin embargo, ménos odioso a sus víctimas que el sayon extranjero que desde la cima de su orgullo ha desencadenado sobre una nacion inocente todas las plagas de la guerra i de la cautividad. En la conversacion de Forey con el jeneral Mendoza tomó parte el jefe de Estado mayor del ejército expedicionario i amenazó al último diciéndole que si Puebla no se rendia, sus oficiales serian deportados a la Martinica. “*No!* exclamó Forey levantándose con vehemencia al oír aquel reto en su segundo, *yo deporto a la Martinica a los ladrones i a los bandidos, pero no a oficiales valientes como los de que se compone la guarnicion que defiende a Puebla!* (Parte citado, pág. 115.)

III.

Con la respuesta traída por el jeneral Mendoza, reducida solo a ofrecer garantías personales a los jefes i oficiales i tropa del Ejército de Oriente, no quedaba ya alternativa. Era preciso rendirse o salir.

Citó, en consecuencia, el jeneral en jefe a junta de guerra aquella misma noche, última de la gloria de Puebla, a todos los oficiales jenerales de la guarnicion para adoptar una resolucion definitiva.

Antes de abrirse la sesion el jeneral Paz le informó que solo quedaban municiones en la plaza para *tres horas* de combate.

Dejemos ahora la palabra al mismo verídico i modesto narrador para contar aquellos hechos *cuyas emociones*, segun sus propias espresiones, *solo pueden comprender los que han pasado por ellos*.

“ Una vez reunidos todos los jefes díjeles, refiere el jeneral Ortega, que yo era responsable de aquella situacion, situacion que habia deseado la hora en que llegara, i cuya responsabilidad aceptaba con satisfaccion ante el gobierno, ante la República i ante el mundo; porque con la prolongacion de la defensa de Puebla de Zaragoza, se habia salvado el honor de las armas de Méjico i el corespondiente al cuerpo de ejército que tenia el orgullo de mandar, aunque para ello tuvieran que perderse unos cuantos elementos físicos, que repetia por la centésima vez, que poco o nada valian al lado de otros intereses mas caros para Méjico.

“ Que dejando, pues, al gobierno i a la República el juicio i calificacion de mi conducta, debíamos ocuparnos solo de las emerjencias del momento.

“ Que dos caminos quedaban únicamente para que concluyera de un modo honroso el sitio de Zaragoza.

“ Romper el cerco saliendo de la plaza el cuerpo de ejército de Oriente con toda la majestad de un ejército que no huye: o disolver nuestros batallones, romper nuestro armamento e inutilizar los miserables restos de nuestros almacenes i polvorines, i que cuando esto estuviera concluido, entregarse prisioneros el cuadro de jenerales, jefes i oficiales, para que asesinara a las personas de que se componia, o para que dispusiera de ellas a su arbitrio el sitiador.

“ Que yo estaba por esta última medida, porque la creía mas decorosa al honor de Méjico; i mas cuando para adoptar la primera habia dificultades militares insuperables de realizar, siempre que la salida no llevara el carácter de una fuga; porque faltaban caminos para emprender la salida;

porque nuestra artillería movible carecia de la potencia necesaria para abrir brechas en los parapetos levantado por el enemigo; porque ya no habia las municiones suficientes para romper el sitio i sostener una o dos batallas campales que procuraria darnos el enemigo, cuando nos viera al otro lado de su línea i en direccion a Méjico, Tlaxcala, Izúcar o Acatzingo; i porque no contábamos fuera de la plaza, con ausiliar alguno que se ocupara aunque fuera simplemente de llamar la atencion del enemigo, pues que ignoraba hasta esa hora, el paradero del cuerpo de ejército del Centro.

“ Dije por último: que aceptaría el medio de la salida de la plaza, siempre que la mayoría de los jenerales opinara por él, i que así lo haríamos constar en una acta, pues queria dejar, a los que opinaban de esta manera, la gloria de haber iniciado este pensamiento, i la gloria tambien de sus resultados, pues por mi parte, no queria aceptar sino la responsabilidad de la ejecucion del mismo pensamiento.

“ Hubo una larga discusion sobre ambos proyectos, opinando algunos de nuestros jenerales por la salida.

“ Se rectificaron algunas esplicaciones de las que se habian dado con anticipacion, i se amplificaron otras, i quedó uniformada la opinion, votando todos por la rendicion de la plaza, en los términos que dejo reseñados.”

Solo una voz discrepó de aquel acuerdo, i fué la del valiente i airado jeneral Negrete que heredó de su padre, tan ilustre como él en los campos de la primera independencia mejicana, su indomable amor a la patria. “Yo opino, dijo “ el que todavia hoi dia es el defensor, o mas bien, el azote “ de Puebla en los campos de Tlascalala, yo opino porque “ nuestro jeneral en jefe admita la proposicion que le hace “ el jeneral Forey, de que salga nuestro cuerpo de ejército “ de la plaza i que permanezca mientras ínter termina la

8

“ cuestion habida entre Francia i Méjico, i que una vez
“ colocado nuestro cuerpo fuera de Zaragoza, falte a los
“ compromisos que se contraiga, haciendo la guerra al
“ ejército frances, así como éste faltó de una manera es-
“ candalosa a los convenios celebrados en la Soledad; por-
“ que quien ha faltado a su palabra de caballero, rom-
“ piendo pactos solemnes, ya no tiene derecho para que se
“ le guardase las consideraciones que a un enemigo pun-
“ donoroso i leal a sus compromisos.”

El silencio de la desaprobacion i un reproche directo del jeneral Berriozabal a su camarada del “5 de mayo” fueron la única respuesta que se oyera a aquel arranque de dolor i de exhaltado patriotismo.

II.

A la una de la noche memorable del 16 de mayo la resolucion estaba ya tomada. Puebla iba a dar al mundo un ejemplo único de lo que puede el patriotismo!

A esa misma hora, el jeneral Ortega con voz reposada i solemne dictó al jeneral Paz aquella famosa órden del dia que todos conocemos i que el Congreso de Méjico, ordenó se honrara eternamente, colocándose en su sala de sesiones.

I.

Vamos a consignar pues íntegro aquel noble documento. Dice así:

«Orden jeneral del cuerpo de ejército de Oriente, del dia 17 de mayo de 1863, a la una de la mañana.»

«No pudiendo seguir defendiéndose la guarnicion de esta plaza, por la falta absoluta de víveres i por haber concluido las existencias de

municiones que tenia, a extremo de no poder sostener hoy los ataques que probablemente le dará el enemigo a las primeras luces del día, según las posiciones i puntos que ocupa i conocimiento que tiene de la situacion en que se halla esta plaza; oido además por el señor jeneral en jefe el parecer de muchos de los señores jenerales que forman parte de este ejército, cuya opinion va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor jeneral en jefe: que para salvar el honor i decoro del cuerpo de ejército de Oriente i de las armas de la República, de las cuatro a las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido a las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza, i cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda, bajo ningun aspecto, utilizarlo el ejército invasor.—A la misma hora el señor comandante jeneral de artillería, dispondrá que se rompan todas las piezas con que está armada esta plaza.

«A la hora ya citada, esto es, de las cuatro a las cinco de la mañana, los señores jenerales que mandan divisiones, a cuyo celo i patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas, disolverán todo el ejército manifestando a los soldados que con tanto valor, abnegacion i sufrimientos defendieron la ciudad, que esta medida, que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra i de la necesidad, no los escluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron: i que por lo mismo, el citado señor jeneral en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al Supremo Gobierno, para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mejicana, a cuyo efecto se les deja en absoluta libertad i no se les entrega en manos del enemigo.

«Los señores jenerales, jefes, oficiales i tropa de que se compone este ejército, deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, i que si ella va a ser ocupada, es debido, no al poder de las armas francesas, sino a la falta de víveres i municiones, como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda ella con sus respectivos fuertes, se halla en poder del ejército de Oriente; a escepcion del fuerte de San Javier i unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

«A las cinco i media de la mañana se tocará parlamento i se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes i en cada una de las manzanas i calles que dan frente a las manzanas i calles que ocupa el enemigo.

«A la misma hora estarán presentes los señores jenerales, jefes i oficiales de este ejército en el atrio de la Catedral i Palacio de gobierno, para rendirse prisioneros, en el concepto que respecto de este punto, el jeneral en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros; i por lo mismo, los señores jenerales, jefes i oficiales ya citados, quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean mas conveniente a su propio honor de militares i a los deberes que se han contraido para con la nacion.—Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

De órden del señor jeneral en jefe.—El cuartel-maestro jeneral.—*Mendoza.*»

LI.

Al mismo tiempo el jeneral Ortega escribió al jefe sitiador la siguiente carta que revela en su sencillez misma la elevacion de alma de quien la dictó. Dice así:

“Señor jeneral: no siéndome ya posible seguir defendiendo esta plaza por la falta de municiones i víveres, he *disuelto el ejército* que estaba a mis órdenes i roto su armamento, inclusa, toda su artillería.

“Queda pues la plaza a las órdenes de U. E. i puede mandarla ocupar, tomando, si lo estima por conveniente, las medidas que dicta la prudencia, para evitar los males que traeria consigo una ocupacion violenta, cuando ya no hai motivo para ello.

“El cuadro de jenerales, jefes i oficiales de que se compone este ejército, se halla en el palacio del gobierno, i los individuos que lo forman, se entregan como prisioneros de guerra. No puedo, señor jeneral, seguir defendiéndome por mas tiempo; si pudiera, no dude V. E. que lo haria.

Jesus Gonzalez Ortega.”

LII.

Cuatro horas despues de escritas aquellas comunicaciones i trasmitidas las órdenes necesarias a todos los puntos de la ciudad que guarnecian las tropas mejicanas, Puebla la heroica, presentaba un aspecto singular. Era una noche de verano i la ciudad contra lo ordinario yacía en profunda tranquilidad; pero de improviso comenzó a escucharse el fragor de los cañones que estallaban, cargados con triple carga, el sacudimiento de los edificios al incendiarse algunos escasos polvorines que aun quedaban miéntas que los soldados destrozaban sus fusiles arrojándolos al suelo, o escondian las banderas para libertarlas de la afrenta de caer en manos que no las habian conquistado en lid lejítima i abierta.....

Cuando los centinelas franceses comunicaron a sus jefes lo que pasaba, dierónles aquellos, cuenta con orgullo el mismo Ortega. (*Parte citado*, paj. 161), estas palabras por única respuesta.—“*El ejército frances sabe respetar al valor: i una guarnicion que se ha conducido como la de Puebla, no merece, sino nuestros respetos i admiraciones. Dejemos que hagan los defensores de la plaza todo lo que crean conveniente al honor de sus armas.*”

LIII.

A las seis de la mañana la ciudad estaba completamente inerme, i a esa hora entraron los jefes comisionados por Forey, no para tomarla de su cuenta sino para recibirla de las manos de Ortega, a quien su vencedor rogaba aceptara aquel último homenaje de su respeto, el cual, sin embargo, fué con urbanidad rehusado.

LIV.

Así terminó el memorable sitio de Puebla, la epopeya americana del siglo XIX. De sus veinte i dos mil defensores solo doce mil cayeron en manos del enemigo, que a su vez rindió al heroismo i al amor pátrio desplegado por aquellos el tributo abundante de su sangre durante los combates i de su respeto despues de la victoria.

Pero su fin, digámoslo sin rebozo, no estuvo a la altura de las esperanzas de la América ni de los votos que por la gloria de Méjico se hicieran en todos los ámbitos del suelo de Colon. Puebla no se rindió, no capituló, pero se entregó inerme, lo que equivalia a una *rendicion a discrecion*, porque lo que destruirian era únicamente su material de guerra mas no el ejército mismo que caia intacto en manos enemigas. Hubo por esto mas resignacion al destino que heroismo militar en aquella última resolucion de los defensores de Puebla, que se abnegaban al sacrificio pero no a la gloria.

Cuanto mas grande hubiera sido en verdad, el renombre del “ejército de Oriente” sin una vez agotadas las municiones i consumidos sus víveres, destrozada toda la ciudad por la metralla, reducida su guarnicion casi a la mitad de su número primitivo, sin esperanza alguna de auxilio, se hubiera agrupado ésta en una sola columna la noche memorable del 16 de mayo, i abriéndose paso por entre los escombros i las líneas enemigas hubiera ganado el campo i peleado ahí a la bayoneta la última batalla de la patria!

Ah! porque la sombra de Hernan Cortez no vino a tomar un puesto en la última asamblea de los defensores de Puebla i a recordarles que la antigua Tenochtitlan contaba entre sus mejores glorias aquella retirada de los conquistadores castellanos que se ha llamado LA NOCHE TRISTE!

LV.

Nos queda solo por llenar un triste deber, el de acompañar un instante en su cautividad a los valientes defensores de Puebla i seguirles hasta las puertas de su ingrato destierro.

Al dia siguiente de haber ocupado los franceses a Puebla se presentó a los oficiales prisioneros, cuyo número llegaba a cerca de mil cuatrocientos, siendo de ellos al ménos treinta jenerales, el siguiente documento para que lo firmasen.

“ *Cuerpo expedicionario de Méjico—Estado mayor jeneral.*—Los que abajo firmamos, oficiales Mejicanos, hechos prisioneros, nos comprometemos bajo *palabra de honor*, a no salir de los límites de la residencia que nos estará asignada, a no mezclarnos en nada por escrito o por actos, en los hechos de guerra o de política, por todo el tiempo que permaneceremos prisioneros de guerra, i a no corresponder con nuestras familias i amigos sin el prévio consentimiento de la autoridad francesa.

Correo de San Juan, a 18 de mayo de 1863.”

Todos los defensores de Puebla se levantaron a una voz, desde el alferes al jeneral, contra aquella burla cruel del vencedor, i respondieron al insulto que se hacia a su patriotismo con esta noble protesta que todos firmaron con sus jenerales, excepto el viejo Mendoza que protestó por separado.

“ *Zaragoza, 18 de mayo de 1863.*—Cuerpo de ejército de Oriente.—Prisioneros de guerra.—Los jenerales prisioneros que suscriben, pertenecientes al ejército mejicano de Oriente, no firman el documento que se les ha remitido la mañana de hoi del cuartel jeneral del ejército frances, tan-

to porque las leyes de su país les prohíben contraer compromiso alguno que menoscabe la dignidad del honor militar, como porque se los prohíbe también sus convicciones i opiniones particulares.—*Jesus G. Ortega.*—*Francisco Paz.*—*Felipe B. Berriozabal.*—*Florencio Antillon.*—*Francisco Alatorre.*—*Ignacio de la Llave.*—*Alejandro Garcia.*—*Epitacio Huerta.*—*Ignacio Mejía.*—*José M. Mora.*—*Pedro Inojosa.*—*José María Patoni.*—*Joaquín Colombres.*—*Domingo Gayosso.*—*Antonio Osorio.*—*Eutimio Pinzon.*—*Francisco de Lamadrid.*—*Porfirio Diaz.*—*Luciano Prieto.*—*J. B. Camaño.*—*Mariano Escovedo.*—*Manuel Sanchez.*—*Pedro Rioseco.*—*Manuel G. Cosío.*—*Miguel Auza.*—*Jesus Loera.*”

LVI.

A la mañana siguiente marchaban por las calles de Puebla en direccion a Vera Cruz, a pié, sin armas, casi sin vestidos aquellos mil i tantos jóvenes, gloria de su patria i honor de la América, sin que uno solo hubiese desmentido su magnánima resolucion. “Al salir de la ciudad, dice su mismo jeneral en jefe, que contemplára aquel heróico cortejo desde su prision, iban con el mayor júbilo entonando el himno nacional de Méjico. Su frente erguida i limpia la levantaban ante el mundo, como quien cumple honrosamente un deber que le impone la patria i acepta despues con gusto i resignacion su destino.”

¿Tales hombres merecian ser vencidos? ¿Merecian ir a comer en el destierro el pan de la limosna? ¡Oh déspotas ilusos que os creéis dueños de la tierra, leed en esta pájina la leccion sublime de un pueblo que canta sobre sus cadenas, forjadas por vuestros sayones, miéntras vosotros os sentís en la hartura misma de vuestros festines, hastiados de la existencia i del esplendor mismo!

LVII.

Como un contraste de la suerte i del ánimo de sus compañeros de armas el jeneral Ortega recuerda la cruel humillacion que los mismos franceses impusieron a los infames que con el nombre de traidores han deshonrado el nombre de Méjico.

“Como entre diez i once del dia, dice Ortega, hablando de la mañana en que se rindió la plaza, pasaban por ésta unos oficiales pertenecientes a las fuerzas de don Leonardo Márquez. Algunos grupos del pueblo les dió el epíteto de *traidores*.

“Unos cazadores de África desdoblaron algunas baquetas de fusiles de las que se hallaban tiradas en las calles, i con ellas azotaron públicamente a dichos oficiales.

“Un grito jeneral de aprobacion resonó por todas partes.

“Era el pueblo que se hallaba diseminado en el atrio de la catedral i calles inmediatas, i nuestra oficialidad que se encontraba colocada en los balcones de palacio i que unánimes aplaudian aquel acto.

“Castigo degradante, dice en conclusion el narrador pero mui merecido, de quien se liga con huestes extranjeras para hacer la guerra al suelo en que nace!

“Ese mismo dia (19 de mayo), añade en otra parte, el clero de Puebla, en medio del mayor regocijo i vistiendo de gala la catedral, recibió en ella a los invasores de su patria, cantando un solemne *Te Deum* por la toma de la ciudad.

“Digo a Ud., esto, aunque con pena, señor ministro, para trasmitir a la historia ese hecho degradante del clero de Puebla.”

LVIII.

El jeneral Ortega fué el último en salir de la ciudad que tan bisarramente habia sostenido i dónde sus propios vencedores le tributaron las consideraciones que el valiente siempre concede al valiente.

El 22 de mayo le hicieron subir en un carruaje, i al lento paso de una escolta de infantería se puso aquel ilustre prisionero en marcha para Vera Cruz. Su custodia no podia ser mas estricta, aunque, la cortesía i la oficiosidad de los franceses era extremada. “Dos infantes, dice el mismo jeneral cautivo, iban apoderados de cada una de las portezuelas del carruaje, a la vanguardia iba una descubierta de doscientos cazadores de Africa, a la retaguardia de esta iba otra fuerza con los doscientos infantes, i otra igual en número i en colocacion a la retaguardia de los carruajes i por cada uno de los flancos de ellos: ademas como a distancia de un cuarto de milla, iban diseminados unos tiradores por nuestro frente i flancos, para inspeccionar el terreno.”

El digno defensor de Puebla marchaba entretanto resignado a su destino. No habia contraido ningun compromiso para someterse a sus cadenas, pero preferia seguir la suerte de sus compañeros de armas.

Un accidente cruel le hizo, empero, cambiar de resolucion.

Durante todo su tránsito de Puebla a Orizaba fué sabiendo el defensor de aquella la brutal manera como eran tratados los indefensos prisioneros que los franceses arreaban a los trasportes de Vera Cruz donde tantos (como Rogue-ro, Bernal, i Lares, embarcados en la *Ceres*, debian fenecer lejos de la patria!) como un triste rebaño; i los exesos de

crueledad habian llegado al punto de hacer fusilar un coronel de marina a dos infelices oficiales de Chiapas, sin mas delito tal vez que algun conato de fuga.

Mas a los tres dias de viaje i al salir del pueblo de Aculingo, en la mañana del 25 de mayo, el carruaje que montaba el jeneral Ortega se detuvo delante de un obstáculo. Era el cadáver ensangrentado de uno de los defensores de Puebla que los franceses habian fusilado i arrojado insepulto sobre la senda pública, como un insulto a sus jefes cautivos. “Al presenciarse, dice el jeneral Ortega, aquel hecho, lleno de indignacion manifesté al jeneral La Llave que me acompañaba con mis ayudantes Ortega i Togno, que me fugaria antes de salir de la República, i que juraba por mi honor, seguir haciendo la guerra a Francia, mientras contara con la mas pequeña influencia en el pueblo mas insignificante de mi pais; porque si como mejicano tenia este derecho, que no habia coartado con compromiso alguno de honor, me autorizaba doblemente a hacerlo, la conducta que se observaba con nuestros prisioneros, muí ajena en verdad, de la que yó observé con los prisioneros franceses que estuvieron en mi poder.”

Tal fué el juramento de Anibal que prestó el defensor de Puebla teniendo por ara del sacrificio los sangrientos despojos de un compañero de armas, i el que comenzó a cumplir tan luego como llegó a Orizaba. “Centenares de mejicanos, añade aquel, burlaron por mis consejos, la vijilancia de los centinelas franceses, sin que uno solo de ellos, dejara bajo algun aspecto comprometido su honor.

“Yo fuí el último, termina con su habitual modestia cuando habla de sí mismo, de los que salieron de la prision por entre las guardias del cuartel i por entre los oficiales franceses, merced al poco conocimiento que se tenia de mi persona.”

LIX.

Los invasores de Méjico han reprochado a su defensor su fuga de Orizaba como un baldon i aun se ha invocado para acusarle el testimonio del jeneral Mendoza obtenido en Paris. Pero tal juicio es una calumnia, porque el jeneral Ortega jamas tomó sobre sí ningun compromiso personal. “Al contrario, dice él mismo, al terminar su *Parte oficial*: si el jeneral Forey me hubiera impuesto que me presentara prisionero en Paris o en el confin del mundo, habria visto por mi parte, cumplido sus deseos, porque sé lo que es honor, i porque he sabido conservarlo ileso como soldado i ciudadano.”

LX.

No terminaremos esta apresurada reseña sin citar las sinceras i casi humildes palabras con que el autor del libro heroico que hemos analizado tan aprisa, le pone fin. “He concluido, dice, señor ministro; multitud de faltas habré cometido en el desempeño del cargo que me confiriera el Supremo Gobierno, respecto de la defensa de la plaza de Zaragoza; pero de esas faltas me escuda, la lealtad, honradez i buena fé con que he procedido, i mui especialmente la circunstancia de *no ser soldado de profesion*, i de que hace poco que los acontecimientos políticos de mi patria, me dieron una espada para defender las libertades i derechos del pueblo, contra los fueros i las clases privilegiadas de Méjico.”

LXI.

Hemos concluido, decimos a nuestro turno, i si bien hemos puesto una celeridad impropia en describir los hechos heroicos de un pueblo hermano, dejamos al menos consignado en esta pájina un voto del alma porque aquellos hijos de la América i de la República, a ejemplo de los heroicos defensores de Puebla, lidien hasta el último dia por el honor i el suelo de su patria, por los fueros de sus ciudadanos i por la perpetuidad de sus instituciones libres.

Que ese ejemplo sirva tambien de estímulo a los hijos del Perú que son llamados a su turno a los campos de la gloria en los que, no lo dudamos un momento, correrá su sangre a la par con la mas pura i la mas jenerosa sangre de Chile.

I el triunfo será al fin de ellos i de nosotros porque el Dios de los ejércitos está siempre con los que defienden LA JUSTICIA I LA PATRIA—LA LIBERTAD I EL DERECHO.

FIN.



Hemos conocido, también a nuestros, i sabido fr-
 tos punto una celebrada topografía en describir los hechos
 heroicos de un pueblo hermano, dejamos a manos de otros con-
 to en esta página un voto del alma por que aquellos hijos
 de la América i de la República, a ejemplo de los heroicos
 defensores de España, libren hasta el último día por el
 honor i el anhelo de su patria, por los tesoros de sus ciuda-
 des, i por la perpetuidad de sus instituciones literas.

Que ese ejemplo sirva tambien de estímulo a los hijos
 del Perú que son llamados a entrar a los campos de la
 gloria en los que no dudamos un tratamiento, corren a
 sangre a la par con la luz pura i la mas generosa sangre
 de Océano.

Y el espíritu será el fin de ellas i de nosotros porque el Dios
 de los ejércitos está siempre con los que defienden la ver-
 TIGIA I LA PATRIA—LA LIBERTAD I EL DERECHO.



GON

DR

PU

BM
98
V
18
c2